

USA TODAY Bestselling Author
Nadine Millard

*Navidad para
Dos*

Navidad para dos

NADINE MILLARD

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

Capítulo uno

—Milady, ¿usted está segura que debemos seguir? Parece que el tiempo va a empeorar.

Lady Adeline Stanley suspiró, al observar las nubes blancas y espesas, que se formaban sobre ellos. Esperaba llegar a la casa de su tía, antes que cayera la amenazante nevada, pero ahora simplemente no estaba segura que lo lograrían.

Era increíblemente frustrante estar tan cerca del destino y retrasar el viaje. Lady Adeline le había prometido a su tía Leonora, que llegaría con tiempo de sobra para ayudarla con las festividades navideñas y, si había algo, que ella sabía sobre su tía, era que necesitaría toda la ayuda, que pudiera conseguir. Incluso daba la impresión que cada año las celebraciones se volvían más suntuosas y llenas de posibles maridos para Adeline, aunque ella siempre ignoraba ese hecho en particular.

—¿Milady?

A Adeline se le retorció el estómago por la indecisión. Deseaba que su padre o madre estuvieran allí para decidir por ella, pero su padre se estaba recuperando de un accidente, en un carruaje, y, por lo tanto, ni él, ni los hermanos menores de Adeline acompañarían a la tía Leonora, en Cumberland, hasta la víspera de Navidad. Ella le había rogado y suplicado, a su padre, que le permitiera viajar, solo con el conductor y un lacayo, como acompañantes. Le había asegurado a su padre que ella era perfectamente capaz de viajar sola, en un carruaje privado.

“—¿Qué daño podría hacerme esto? —le había preguntado—. Hemos estado yendo a casa de la tía Leonora desde que era un bebé en brazos. Y con la muerte del tío Wilfred, el año pasado, ella querrá mi compañía más que nunca.”

Finalmente, Adeline impuso su posición, y ahora allí estaba ella, incapaz de decidir sin su padre. Y esto simplemente no podía funcionar.

Mirando al cielo de nuevo, pensó en la tía Leonora, que echaba de menos a su difunto marido, y a su hija, quien se había mudado a Roma con su esposo italiano, y no podía viajar de vuelta porque estaba de parto. No quería que su tía estuviera sola. Aunque “sola” realmente era una exageración, ya que tenía una compañera, que vivía con ella, y también era muy activa en su pueblo. Pero aún así, Adeline había prometido ir, y no quería romper esa promesa.

—Seguiremos —dijo ella, finalmente—. En cualquier caso, llegaremos antes del anochecer. Así que debemos asegurarnos de llegar a casa de Lady Briarcastle... nos adelantaremos las inclemencias del tiempo.

El conductor miró al cielo dubitativamente, antes de asentir, y dirigirse hacia el carruaje. Adeline deseó que le dijera directamente, si su decisión era una tontería, pero él, simplemente, se quedó callado, subió a su asiento y tomó las riendas. El lacayo, que su padre había enviado con ellos, se paró obedientemente, al lado del carruaje, acurrucado en su abrigo, y Adeline sintió una punzada de culpa. Ella estaría escondida en su carruaje con ladrillos y mantas para calentarse, mientras estos pobres hombres tenían que arrastrarse, a través de vientos helados, porque ella tenía prisa.

Bueno... cuanto antes llegaran a Briarcastle, podría asegurarse que el personal de la casa de la tía Leonora los cuidaría bien. Al menos no había traído a su doncella. Su madre había intentado insistido en esto, pero Adeline se mantuvo firme. Su doncella, Maisy, estaba

enamorada de uno de los hijos del comerciante, quien vivía cerca, y Adeline tenía la sensación que podrían comprometerse durante la temporada de vacaciones. No se interpondría en su camino ni por todo el dinero de la cristiandad. Aunque podría haber disfrutado de su compañía, en un viaje de tres días, no se podía pensar mucho ni leer demasiado, más bien dormiría la siesta, casi todo el tiempo. Aún así, ya casi estaban allí y, conociendo a la tía Leonora, tendría más compañía de la que se imaginaba. Y por supuesto, de la variedad masculina, no deseada por ella, muy probablemente.

Se apresuró a llegar al carruaje, metió la mano y sacó dos de las mantas, apiladas sobre el banco. Dio la vuelta hacia el lacayo, que le sostenía la puerta abierta, y sonrió con lo que esperaba que fuera una expresión de arrepentimiento.

—Lamento mucho hacerlo viajar con un clima tan frío, George —dijo—. Pero tome, estas mantas deber mantenerlos un poco más abrigados.

—U-usted es de-emasiado ama-able, mi-mi-lady —tartamudeó el joven lacayo, sonrojándose—. No puedo aceptar. ¿Y si usted las necesita?

—Por favor —lo interrumpió ella, prácticamente empujándolas hacia sus manos—. Estoy lo suficientemente abrigada, se lo aseguro. Y no podré relajarme, si pienso que usted está temblando, junto al conductor.

El joven finalmente tomó las mantas y se las colocó bajo el brazo, esperando que ella retrocediera para cerrar la puerta. Una vez acomodada, Adeline golpeó el techo y se recostó en la silla, mientras salían del concurrido patio de la posada, y comenzaban la última parte de su recorrido.

El paisaje pasaba volando, volviéndose más accidentado, en cada segundo. Algo en estar tan al norte siempre atraía el alma de Adeline. Le encantaba la belleza austera y desgastada del lugar. Especialmente, ahora, con la escarcha que cubría las puntas de las ramas desnudas y una ligera capa de nieve, que hacía que el paisaje pareciera espolvoreado con azúcar. A pesar de su inquietud por los planes de la tía Leonora para la fiesta en la casa y los solteros que sin duda asistirían, no pudo evitar que una sonrisa se le escapara. Amaba Briarcastle, casi tanto como a la tía Leonora. La extensa propiedad disfrutaba de vistas incomparables sobre la accidentada costa. Y en tamaño rivalizaba incluso con la residencia principal de su padre. El difunto esposo de la tía Leonora también había sido conde, igual que su padre. Hacía un año que buscaban al heredero legítimo del tío Wilfred, quien había fallecido un par de meses, antes de la última Navidad, poniendo fin a todas y cada una de las festividades de esa Navidad, en particular. Esa era otra razón por la que Adeline estaba tan decidida a ir a casa de la tía Leonora, ahora mismo. Por fin, su tía había dejado de estar de luto, y estaba lista para celebrar de nuevo su época favorita del año. Y Adeline sabía que le preocupaba lo que podría ser de ella, cuando finalmente se localizara a un heredero varón. El marido de la prima Julia había estado ayudando al hombre de negocios de la tía Leonora a encontrar a un sobrino lejano o a un primo, o a alguien por el estilo, pero lo último que Adeline escuchó, sobre todo esto, es que no había tenido suerte en encontrarlo.

La tarde se convirtió en anochecer y la nieve empezó a caer con demasiada fuerza. Adeline la observó hasta que el mundo exterior se volvió negro, antes de apoyar la cabeza contra el cojín cubierto de terciopelo, que tenía a su espalda y cerrar los ojos.

Adeline se despertó de golpe, cuando el carruaje se inclinó de forma alarmante hacia un lado, dándose cuenta que debió haberse quedado dormida. Se enderezó en el banco y luego giró para mirar por la ventana. Se le encogió el estómago, al contemplar su reflejo. No estaba rodeada por la oscuridad de la noche, como esperaba, sino por el blanco inconfundible de una tormenta de nieve.

Su corazón latía frenéticamente, mientras escuchaba los gritos de su conductor, apenas audibles por encima del rugiente viento. Estaba oscuro y hacía mucho frío. Su mente estaba confusa por el sueño, pero se encontraba lo suficientemente lúcida, como para saber que ellos estaban en problemas.

Ella chilló, cuando el carruaje se inclinó nuevamente hacia un lado, los caballos relincharon, el conductor y el pobre George gritaron, todo con el telón de fondo de un viento aullante e implacable.

Adeline se desplomó en el suelo y se estremeció, justo cuando sus rodillas chocaron contra la madera sólida, que tenía bajo los pies. Los ladrillos, que la calentaban, se habían enfriado hacía tiempo y, aún en la oscuridad, podía ver su aliento en el aire gélido. ¡Todo esto era culpa suya! Si algo les sucedía a los caballos o a cualquiera de los hombres que estaban afuera, sería por su egoísmo e impaciencia.

Debía golpear el techo y decirles que pararan. Tendrían que encontrar un refugio, o nunca sobrevivirían a una tormenta de nieve como aquella. Con el pánico apoderándose de ella, Adeline se levantó y volvió a sentarse en el banco.

Sin embargo, antes que ella pudiera tomar aire nuevamente, se escuchó un crujido repentino y agudo, y en una fracción de segundo vino un grito de consternación de uno de los pobres sirvientes, que estaban afuera, y el carruaje se puso en movimiento de repente, a un ritmo frenético y aterrador. Adeline se aferró, cerró los ojos y rezó por su vida. Podrían haber pasado segundos o eones, durante los que permaneció sentada allí, con un miedo abyecto, preguntándose si alguna vez volvería a ver a sus padres o a su hermano y hermana, y si la tía Leonora sobreviviría al dolor de otra muerte familiar.

Inmediatamente, todo terminó. El carruaje se detuvo con un estruendo y Adeline volvió a salir despedida de su asiento. Solo que esta vez fue hacia la ventana. Sintió el golpe de su cabeza, al chocar contra el cristal congelado, oyó el ruido repugnante, y sintió un momento de dolor abrasador y desgarrador, antes que todo a su alrededor se volviera negro.

Capítulo dos

Henry Gladstone se apoyó en el respaldo del sillón y rezó para que el dolor de cabeza, que lo atormentaba desde hacía semanas, finalmente remitiera pronto. No había dormido en días, mientras viajaba hasta el punto de agotamiento. Los caballos, que habían arrastrado su carruaje, nunca lo perdonarían. Y ahora, en el último obstáculo, estaba atrapado, entre la nieve, en una posada rural olvidada por el resto de los mortales.

Se preguntó, y no lo hizo por primera vez: “¿qué clase de locura se apoderó de mi cuerpo, cuando acepté hacer este viaje?” Una parte de él todavía creía que lo que decía la carta, enviada a las Indias Occidentales, no podía ser cierto.

No era posible que hubiera pasado de ser el hijo de un comerciante moderadamente rico, pero relativamente poco importante, a ser el heredero del destacado conde de Briarcastle. Más aún, no consideraba cierto que era el nuevo conde desde la muerte de ese anciano.

Cuando la misiva llegó, por primera vez, él visitó la casa de su madre y, riéndose, le informó de ello, estando seguro que había algún error o confusión, que ella se reiría junto con él y seguirían adelante con sus vidas.

No obstante, al entregarle el pergamino, ella no se rió. En cambio, los ojos de su madre se abrieron de par en par, sus manos temblaron y cuando levantó la vista para mirarlo a él, había lágrimas cayendo por sus mejillas. Lo que siguió sacudió por completo el mundo de Henry. Su padre no había sido el don nadie de Inglaterra con mentalidad empresarial, que le habían enseñado. Más bien, realmente, era el hijo del conde de Briarcastle, que había huido de Inglaterra, caído en desgracia, cuando lo habían excluido por casarse con una persona de una posición social inferior. Al parecer, el viejo conde había amenazado a su segundo hijo con el fuego del infierno, si alguna vez deshonraba el nombre de la familia, cuando él admitió que se había casado con una sirvienta. Y así, huyó. Llegó a las Indias Occidentales con poco más que la ropa, que llevaba puesta, y una doncella irlandesa como esposa.

El padre de Henry siempre había tenido la intención de contarle sobre su herencia, pero el verano pasado sucumbió a una fiebre, antes de tener la oportunidad. Y resultó que la línea de Briarcastle no era de las que producían grupos de hijos ni siquiera de varones. De alguna manera, por un giro loco del destino y muertes tempranas, Henry era el pariente masculino vivo más cercano de su tío Wilfred, de quien nunca había oído hablar, y ahora era el conde y legítimo propietario de una extensa finca en Cumberland, junto con una cantidad obscena de propiedades y riquezas.

“Esto no puede ser verdad. Sencillamente no puede ser así...” Se lo había dicho, a sí mismo, una y otra vez, mientras navegaba desde el único hogar que había conocido hacia esa costa oscura y fría. Sin embargo, allí estaba, en las afueras del pueblo, que llevaba el nombre del condado, esperando conocer a una tía, que no sabía que tenía, y aprender los entresijos de una posición que nunca había soñado tener.

¡Ni siquiera quería ser un maldito conde! Un noble del reino que tendría que asumir incontables responsabilidades, y verse obligado a casarse y a ocuparse de una guardería para continuar con una dinastía, de la que no sabía que formaba parte. Esto era una cosa de cuentos de hadas. Y sobre todo, a él nunca le habían gustado los cuentos de hadas.

Ante la insistencia de su madre, él había accedido a ir a Inglaterra, a pasar las vacaciones, a conocer a su tía, y a averiguar si todo aquello podría ser real. De ahí surgió el dolor de cabeza.

Inclinándose hacia adelante para rellenar su vaso, Henry miró el reloj de pared, que estaba en la esquina del salón. Había mandado a la posadera, a la cama, hacía un rato, negándose a permitir que la mujer viuda se quedara despierta para atenderlo, cuando no necesitaba nada más que una botella y un vaso. El fuego lo podía atender él mismo. Y por el aspecto del personal esquelético, que había visto flotando por ahí, la anciana tenía más que suficiente que hacer sin que él le añadiera cargas innecesarias. Sorprendentemente, el lugar estaba vacío, salvo por él, que era quizás la razón por la que ella había estado tan atenta, pero una vez que pasara la tormenta, no tenía ninguna duda que la anciana se quedaría sin fuerzas. Esta época del año tendía a atraer a muchos viajeros. Había viajado ligero, dejando a su conductor, en una posada de las afueras de Londres, adquiriendo una montura decente para hacer el resto del viaje solo. Quería la soledad y el aire fresco para pensar. Estar encerrado en una pequeña posada no había sido parte del plan, pero esta le proporcionaba la soledad, antes mencionada, así que tal vez debería ver esta estadía, como un regalo, y una forma de eludir lo inevitable, al menos por un tiempo.

Sintiéndose inquieto por el peso de las cargas, que se avecinaban, Henry se levantó para estirar las piernas. Se acercó a la ventana, que daba al modesto patio de la posada. El sitio era pequeño e impecable, y el guiso que la señora Davidson le había preparado era simplemente divino. Después de un par de días en la silla de montar, luchando contra la escarcha y la nieve, la abundante comida y el buen brandy le supieron a ambrosía.

Se sorprendió al ver que la vista estaba completamente en blanco. La tormenta había llegado en serio, mientras él estaba sumido en sus pensamientos sentimentales. El viento aullaba, la nieve tronaba en el cielo, y Henry solo podía imaginar que las antorchas de las puertas de los establos se habían apagado hacía mucho tiempo. Su conciencia le picó y decidió salir a la oscuridad para ver cómo estaba su caballo. No era una criatura particularmente asustadiza, y tampoco tenía dudas que el mozo de cuadra, que había conocido antes, tendría las cosas bajo control, pero no podía dormir, si no revisaba a la criatura.

Se puso a toda prisa la chaqueta y el abrigo, que se había quitado, en su salón privado, cogió una antorcha, que dominaba el lugar desde una rústica mesa de madera, y se dirigió a toda prisa hacia la puerta. Apenas consiguió abrirla, antes que el viento la golpeará contra su mano, pero siguió adelante y consiguió salir.

Se tomó un momento para recuperar el aliento, y comenzó a luchar contra el viento, que iba en dirección a los establos. La llama dentro de la antorcha temblaba de manera alarmante, pero por algún milagro y gracias al uso de su abrigo, la misma no se apagó. Henry apenas podía ver, mientras caminaba, a través de yardas de nieve, antes de llegar finalmente al refugio de los establos.

Una vez adentro, se sorprendió gratamente al ver lo cálido y resguardado que estaba el sitio. Los caballos se sacudían un poco nerviosos, pero allí estaba el mozo de cuadra, atendiéndolos y usando una voz tranquilizadora para calmarlos.

—Hola, John —habló en voz baja para no asustar a los ejemplares. El suyo era el único, que no pertenecía a la posada, pero el clima seguramente los ponía un poco nerviosos, así que un extraño entre ellos no sería de ayuda.

—Señor Gladstone —dijo el mozo de cuadra, quitándose la gorra—. ¿Puedo ayudarlo en algo, señor?

El nombre se le escapó fácilmente de los labios, y no tenía ninguna razón para no hacerlo, pero, por primera vez, Henry se preguntó si debería haber usado el título de Briarcastle. Aunque todavía no lo había aceptado. Una gran parte de él estaba contemplando la posibilidad de volver

a subirse a un barco, rumbo a las Indias Occidentales, y olvidarse de todo el asunto. Pero él le había prometido a su madre, que al menos escucharía a la condesa. Francamente, esto no era nada más que un lío. Por eso no estaba dispuesto a usar el título.

—No —respondió él—. Solo vine a ver cómo está el viejo, y a ver si la tormenta le está causando algún problema.

—Lo estoy cuidando bien, señor —replicó el hombre más joven, inflando el pecho de orgullo.

—Ya lo veo —confirmó Henry con una sonrisa. Recordaba que él también era joven y siempre estaba ansioso por complacer a los demás—. Usted está haciendo un trabajo estelar, jovencito. ¿Piensa quedarse aquí toda la noche?

—Normalmente lo hago, señor. Tengo un lugar para dormir, muy cómodo, en el desván, y la señora Davidson siempre deja la puerta trasera abierta para mí, por si hace demasiado frío. Pero, esto todavía no ha sucedido.

Henry dejó que el muchacho charlara un rato, mientras la furiosa tormenta del exterior apenas perturbaba el calor y la comodidad de los establos. Se dio cuenta con cierta sorpresa que era agradable olvidarse de su inminente visita a Briarcastle, de aceptar el título de conde, y de la vida de deberes y responsabilidades, que le habían impuesto tan repentinamente.

Por primera vez, desde que recibió esa carta, que le cambió la vida, se sintió en paz. De hecho, tal vez incluso pudiera dormir bien, esa noche.

Estaba a punto de despedirse del joven John, cuando una cacofonía de ruidos desgarró el aire apacible y rompió la agradable atmósfera. Por encima de la tormenta, escuchó el inconfundible sonido de unos caballos, chillando de angustia. El sonido le erizó el vello de la nuca, provocando que los ejemplares del establo relincharan y se pusieran a pisotear frenéticamente.

Sin dudarlo, ni siquiera por un instante, se lanzó hacia las puertas y agarró la antorcha, que había dejado en el camino. Escuchó el débil sonido de los gritos de los hombres, justo antes del chirrido del metal y el ensordecedor crujido de la madera.

Con el corazón palpitando con fuerza, llamó por encima del hombro a John para que lo siguiera, antes de salir corriendo y enfrentarse a la nieve, que caía a cántaros. Era imposible ver algo y ni siquiera se podía recuperar el aliento, debido al fuerte viento, pero Henry siguió adelante, pidiendo ayuda, mientras avanzaba firmemente.

Después de unos momentos de silencio, una voz le respondió y él caminó con dificultad hacia la misma. Luego de lo que le pareció una eternidad, se encontró con la escena de un accidente grave de carruaje. El vehículo estaba volcado de lado, una rueda estaba rota por completo, y la otra giraba incesantemente. Los caballos se habían soltado, aunque todavía estaban atados a las riendas, a las que un conductor de aspecto sorprendido se aferraba desesperadamente.

Henry se apresuró a ayudarlo, agarrando las riendas con su mano libre, pero el hombre, cuyo rostro, que ahora podía ver, estaba golpeado y ensangrentado, hizo señas frenéticamente detrás de él.

—L-la daama —tartamudeó con los dientes castañeteando, Henry no sabía si era por la sorpresa o el frío—. P-por favor. La señorita.

Henry frunció el ceño, confundido, y miró a través de la nieve para observar más de cerca el carruaje. Un movimiento hacia la izquierda le llamó la atención, y se dio cuenta de que había al menos otra persona allí.

—John —lo llamó, cuando el joven muchacho se acercó a ellos—. Toma esto. —Le puso

las riendas en la mano, al mozo, dio la vuelta, y se apresuró hacia donde había visto movimiento, junto a algunos restos del carruaje.

La visión que vio le paró el corazón, justo en el pecho. Un hombre con librea estaba agachado, en la nieve, y a su lado permanecía el cuerpo inmóvil de una joven. Podía decir, incluso en la oscuridad, que se trataba de la dama de la que el hombre mayor, el conductor, que ahora conocía, había estado hablando. La capa sobre la que yacía era de terciopelo. El vestido, sucio y roto, era, por lo poco que podía ver, de buena calidad. Pero nada de eso importaba. De calidad o de clase trabajadora, dado lo quieta que estaba, tal vez, ella estuviera demasiado perdida para decirle quién era. Henry se arrodilló junto al hombre, que se cernía inútilmente sobre la dama, como si no supiera muy bien qué hacer.

—¿Esta es la dama? —preguntó Henry.

—S-sí. Ella, nosotros... no podíamos ver. Y queríamos detenernos, pero no había nada y entonces... —Respiró profundamente—. No sé qué pasó, el camino pareció ceder. Algo asustó a los caballos y a nosotros... —Se encogió de hombros con impotencia—. Ella... ella no se despierta.

Henry se dio cuenta que no iba a sacarle nada a ninguno de esos hombres. Y si no entraban pronto para calentarse, podrían morirse. Tragándose un nudo en la garganta, extendió una mano temblorosa y apartó un mechón de pelo de la cara de la mujer. Estaba helada al tacto y, en la penumbra, creyó ver que tenía los labios azules.

Apartando el miedo, le pasó los dedos por el rostro hasta encontrar el cuello y, elevando una plegaria al Cielo, empezó a buscarle el pulso. Durante un instante aterrador, no encontró nada más que eso: un aleteo... Era débil y errático, pero allí estaba de todos modos. Su alivio fue intenso, aunque breve. Si no conseguía ayudarla, rápidamente, tal vez, ella no viviera mucho más.

Él se quitó el abrigo, poniéndoselo encima, antes de levantarla en brazos y ponerse de pie. El sirviente tomó la antorcha y la sostuvo frente al rostro de la dama. “*¡Es hermosa!*” Así pensó Henry distraídamente, y luego se maldijo por ese pensamiento inadecuado.

De repente, él vio que esos ojos parpadearon y se abrieron. Él también parpadeó, lentamente, antes de clavarle a ella, una mirada amplia y de ojos grandes. Para su asombro, una suave sonrisa se asomó, en esos labios, antes que una repentina ráfaga de viento apagara la antorcha, y esos ojos se cerraran nuevamente.

Capítulo tres

El viaje de regreso a la posada fue arduo, por no decir más de esto. Aunque la dama que llevaba en sus brazos, no pesaba casi nada, todavía Henry tenía que luchar contra la ventisca. El viento helado atravesaba su ropa, y ya estaba empapado por la nieve.

Pero nada de eso le preocupaba tanto como el cuerpo que tenía en sus brazos. Solo podía esperar que el abrigo le ofreciera un mínimo de protección contra la tormenta, pues podía sentir que su capa estaba empapada y helada. Las zapatillas, que ella llevaba en los pies, ya no le servían y, de hecho, una se le había caído, cuando él la había levantado. Por detrás, Henry podía oír a los sirvientes y a John persuadiendo a los caballos para que avanzaran, y estaba contento que los hombres se mantenían en pie, y serían capaces de llegar a la posada.

Después de lo que parecieron eones, los terrenos de la posada aparecieron a la vista, y Henry envió a John a despertar a la señora Davidson, y a todos los que estuvieran viviendo y trabajando allí. Cuando llegó al patio, el lugar era un hervidero de actividad, pero el mal clima impedía llamar al médico local, por lo que solo podían esperar que la joven no necesitara atención médica urgente.

Henry cruzó apresuradamente las puertas de la posada y se dirigió directamente a su salón privado, donde dejó el fuego encendido. Afortunadamente, el mismo aún no se había apagado, cuando entró, aunque no eran más que brasas, un rápido grito a la señora Davidson hizo que una criada entrara corriendo para avivarlo de nuevo.

—He preparado un dormitorio, ¡señor! —gritó la señora Davidson por encima del caos—. El fuego está encendido y calienta todo.

—Excelente, gracias —dijo Henry, mientras colocaba a la mujer inconsciente en un diván, junto al fuego—. Tenemos que calentarla y ocuparnos de sus sirvientes —continuó, mientras le quitaba el abrigo y desataba la cinta de su capa. Eso era lo más lejos que estaba dispuesto a llegar, lo más que podía hacer, dado no la conocía a la muchacha—, ¿podría encargarse que la chica se ponga algo seco, señora Davidson? ¿Y prepararle un cuenco de algo caliente?

—Sí, por supuesto, señor. —Con un aplauso, la formidable dama hizo que la criada corriera a su lado. Luego de un momento de conversación, en susurros, la joven sirvienta se fue de nuevo—. Yo misma me ocuparé de la muchacha, mientras Franny calienta un guiso para todos, y prepara una tetera de té fuerte.

—Le doy las gracias, señora Davidson. Me retiraré a mis habitaciones para cambiarme, mientras usted pone todo en orden. Y hablaré con los sirvientes. A ver si podemos averiguar qué sucedió exactamente.

Un destello de lo que parecía alivio cruzó el rostro de la señora mayor.

—Gracias, señor Gladstone. Le estoy muy agradecida. Mi esposo, que el Señor lo tenga en su gloria, solía encargarse de este tipo de cosas y, bueno... esta es la primera crisis que he enfrentado sin él.

Henry sintió una punzada de simpatía por la mujer, pero antes de poder expresarlo, un escalofrío recorrió su cuerpo...

—¡Váyase, ahora! —le exigió la señora Davidson, echándolo del salón—. No me servirá de nada si usted muere, ahora, ¿cierto? ¡Váyase, ahora!

Henry echó una última mirada fugaz a la muchacha inmóvil, en el mueble, antes de salir a

toda prisa del salón, y dirigirse a su modesto dormitorio. Le llevó un momento quitarse la ropa empapada y gimió de alivio, cuando el calor del fuego se filtró en su piel. Se frotó la piel fuertemente con las sábanas limpias, que habían colocado, junto a la bañera, en la esquina de la habitación, mientras se preguntaba, si debía insistir en que bañaran a la muchacha con agua caliente. Esa era sin duda la forma más rápida de calentarla. Se sentía nervioso, y estaba preocupado por esta hermosa desconocida. Pero dado que no estaba acostumbrado a la nieve y al frío de esta magnitud, sabía que era mejor dejarla al cuidado de la señora Davidson y su doncella.

Inmediatamente se puso ropa limpia, antes de bajar las escaleras. La puerta del salón privado, que le habían asignado, todavía estaba cerrada, pero el conductor y el lacayo, junto con el mozo de cuadra, que los había ayudado, estaban escondidos en un rincón, devorando cuencos humeantes de estofado con grandes jarras de cerveza, en la mesa, que estaba frente a ellos.

El joven John se puso de pie de un salto, en cuanto vio a Henry, y le llenó una jarra de cerveza, desde detrás de la desgastada barra.

—Aquí tiene, señor Gladstone —dijo, colocándola sobre la mesa, que estaba frente de donde Henry había elegido sentarse.

—Gracias, John. —Henry levantó la copa y tomó un sorbo de la cerveza, que era demasiado buena. Aunque no debería sorprenderse. Esta pequeña posada tenía la comida y el brandy de la más alta calidad, que había probado. “*¿Por qué la cerveza no es diferente? Igual de buena, como las otras bebidas...*”—. Caballeros, ¿han atendido sus heridas? Me temo que todavía no es posible conseguir un médico aquí, pero si la tormenta amaina mañana, iré a buscar uno.

—Gracias, señor. No será necesario —dijo el caballero mayor, el conductor. La sangre de la cara del hombre había sido limpiada y Henry se sintió aliviado, al ver que solo tenía un rasguño y un ojo morado. Mientras que al lacayo le había ido mejor. Solo tenía un pequeño corte en la mejilla y una mano vendada.

—Me corté con el cristal, señor —dijo el lacayo, al notar que Henry le miraba la mano—. Estaba intentando sacar a la dama. —Al oír mencionar a la muchacha, el aire se agitó de repente con aprensión y los dos hombres dejaron las cucharas, como si se les hubiera acabado el apetito.

—Está en buenas manos con la señora Davidson —les aseguró Henry—. Y se despertó brevemente, cuando la levanté, así que esta es una excelente señal. —En realidad, no sabía si era una excelente señal o no, pero esperaba que lo fuera—. Pero tal vez podrían decirme qué sucedió para que podamos discernir qué tipo de ayuda necesitaré.

—Lady Adeline quería seguir adelante —respondió el conductor, todavía un poco conmovido, como indicaba el timbre de su voz—. Teníamos que llegar a la casa de su tía, esta tarde, y a la joven dama nunca le ha gustado decepcionar a nadie. Incluso cuando era pequeña, siempre fue amable. —Para sorpresa de Henry, los ojos del hombre mayor se llenaron de lágrimas, aunque parpadeó rápidamente—. Era una niña muy dulce, señor. Y sigue siéndolo incluso ahora que es una mujer adulta. Su Señoría no quería que ella viajara sola, pero confió su cuidado a mí y a George, aquí presentes. Si está herida o enferma, yo...

Él se quedó callado, pero Henry esperó pacientemente a que se recompusiera. Era evidente que el conductor sentía cariño por la muchacha, y la mención de “Su Señoría” significaba que sus sospechas eran correctas. Era una noble. La esposa, hija, o tal vez hermana de un noble. No era de extrañar que los hombres estuvieran preocupados, aunque él pensaba que su preocupación era genuinamente por la dama, y no por mantener sus trabajos.

—El tiempo cambió —expresó George—. Y probablemente, deberíamos haberle

advertido que no continuáramos, pero pensamos que podríamos tener suerte, si escapábamos de la tormenta... Nos golpeó mucho más rápido de lo que pensábamos, señor... Cuando supimos que tendríamos que detenernos, ya era demasiado tarde. Los caballos no podían ver. ¡No estábamos de lo mejor! Ni siquiera puedo decir con seguridad qué sucedió. En un minuto teníamos el control de los caballos, al siguiente el carruaje se desvió, y salimos despedidos de nuestros asientos... Cuando llegué a Lady Adeline, ya era demasiado tarde. Ella... —Se detuvo de repente, aclarándose la garganta—. Su cabeza atravesó la ventana, señor. —Henry hizo una mueca, ante la imagen que se formó en su mente—. Y había vidrios por todas partes. ¡No pude abrir la puerta! Así que tuve que tirar de ella, a través del panel roto. —Levantó la mano vendada, en señal de confirmación—. No sabía qué hacer, salvo dejarla allí.

—¿Cuánto tiempo estuvo ella inconsciente, antes de encontrarlos, George? —preguntó Henry con dulzura.

—No más de cinco minutos, señor.

Henry no dejó que su angustia se le notara en la cara, dada la apariencia de terror, que tenía el joven, pero cinco minutos con este clima inclemente eran tiempo suficiente para causarle graves daños, a la pobre muchacha. Estaba a punto de insistir, en que intentaría llamar a un médico, cuando la puerta del salón se abrió y la señora Davidson apareció en el marco, con las manos llenas de bultos de tela.

—La señorita está despierta —dijo para alivio palpable de todos los que estaban sentados frente a la mesa—. Iré corriendo a la cocina y le pediré a Franny que le traiga una tetera nueva. Está aturdida, pero coherente y recuerda el accidente.

Henry dejó escapar un suspiro, mientras John, el mozo de la cuadra, les daba unas palmaditas en la espalda, a los dos sirvientes.

—Ya está, George, Trevor. Sin duda, pronto ella estará como nueva. Vengan, vamos a buscarnos algo más fuerte para beber.

Henry dejó a los hombres con sus bebidas, y se dirigió al salón. La señora Davidson le hizo una señal con un movimiento de cabeza.

—No quería preocupar a esos pobres hombres —le dijo en un susurro—. Pero la pobre chica estaba cubierta de vidrio. Saqué todo lo que pude, pero tendré que esperar hasta que pueda bañarse, antes de hacer el resto.

“La pobre muchacha realmente pasó por mucho,” pensó Henry.

—Tengo un poco de láudano de cuando mi pobre marido estaba sufriendo, antes de morir —continuó la señora Davidson—, ¿cree que debería darle un poco? Se ha dado un golpe terrible en la cabeza y el hombro. Sin mencionar el corte que le encontré en la sien.

—Eso podría ser prudente —replicó Henry—. Señora Davidson, los sirvientes todavía están muy conmocionados, pero la muchacha tiene un título. Es Lady Adeline. Y en sus explicaciones se refirieron a “Su Señoría”.

La señora Davidson abrió mucho los ojos, pero antes que pudiera hablar de nuevo, Franny la llamó desde la cocina, y ella se apresuró a irse, dejando abierta la puerta del salón, y permitiendo que Henry pudiera ver directamente los enormes ojos castaños, que lo miraban desde el diván.

Capítulo cuatro

Adeline nunca se había sentido tan mal en toda su vida. Le dolía la cabeza, apenas podía mover el hombro y sentía todo el cuerpo, como si la hubiera atropellado un carruaje. Por lo que recordaba, era muy probable que así fuera.

Aunque su mente estaba confusa, sabía que la habían arrojado contra la ventanilla del carruaje. Recordaba vagamente que George la había llamado. Pero luego, nada... Nada... Salvo un par de sorprendentes ojos de un gris tormentoso y la sensación de estar sostenida contra algo sólido y caliente, a pesar del aire gélido.

El olvido la había arrastrado, una vez más, antes que pudiera siquiera empezar a adivinar quién o qué la llevaba, y la siguiente vez, que se despertó, estaba acostada en un lugar extraño, mientras alguien, a quien no podía ver, apilaba manta tras manta sobre ella. Fue solo cuando estuvo cubierta hasta la nariz, que se dio cuenta que todo su cuerpo temblaba de frío. Y eso solo hizo que su dolor empeorara.

—¿Q-qué pasó? —preguntó ella con voz ronca.

Un rostro amable, que reconoció vagamente, aunque no podía ubicarlo, apareció detrás del diván.

—¡Oh! Estás despierta, gracias al Cielo.

Adeline habría fruncido el ceño, confundida, pero le dolía demasiado la cabeza.

—Usted nos dio un buen susto, ¿lo sabe? —continuó la mujer mayor—, los hombres estarán muy contentos de saber que está despierta. Ahora, ¿puede contarme qué pasó, querida?

A Adeline le llevó un par de minutos recordar y, cuando lo hizo, intentó incorporarse de golpe, pero tenía tantas mantas encima, que apenas lo logró. Incluso ese pequeño movimiento hizo que su cabeza diera vueltas de manera alarmante.

—George —dijo con voz ronca—. Y Trevor, mi conductor. ¿Están... están heridos?

—Shhh, shh —la tranquilizó la mujer, empujándola suavemente hacia atrás para que se recostara en el diván acolchado—. Usted no se preocupe, están como nuevos y bien cuidados. Soy la señora Davidson y la han traído a mi posada. Veo que se está poniendo nerviosa, así que: ¿por qué no se queda quieta, mientras le traigo una buena taza de té? Puedo responder a todas sus preguntas, una vez que haya descansado.

Ella se levantó, retirándose, antes que Adeline pudiera responderle. Pero cualquier pensamiento, que tuviera de llamar a la posadera, se esfumó de su cabeza, cuando un caballero, alto y corpulento, apareció junto a la señora Davidson. Adeline solo pudo observarlo, mientras él conversaba con la posadera, asintiendo y susurrando, ya que su rostro era una máscara de serio estoicismo.

Lo miró detenidamente: cabello oscuro, unos hombros enormes enfundados, en una tela superfina de color carbón, y pantalones de color gris claro, metidos en unas arpilleras negras brillantes. Era el epítome de un caballero refinado. Ciertamente no era el marido ni el hijo de la señora Davidson. No por la forma en que ella lo trataba con deferencia.

Adeline estaba a punto de gritar, cuando la señora Davidson se alejó y el caballero volteó para mirarla directamente. Esos ojos eran de un gris tormentoso. Los mismos que había contemplado, antes que esa bendita “nada” la invadiera de nuevo. Entonces, él la había rescatado, trayéndola hasta aquí, a esta posada.

—Milady —dijo, y dio un paso lento y cauteloso hacia el salón, como si ella fuera una

yegua asustadiza—. Perdone mi atrevimiento, al dirigirme a usted, pero nos ha dado un buen susto a todos, y debo insistir en comprobar con mis propios ojos, que usted se encuentra bien. Aunque solo sea para tranquilizar a sus sirvientes.

Adeline se dio cuenta que todavía lo estaba mirando, cuando su rostro pasó de la preocupación educada a la confusión, y rápidamente dibujó una sonrisa en su boca.

—Por supuesto, gracias. Pase. Quiero decir, pase, por favor. Y gracias por... por rescatarme. No por... entrar. —“¡Cielos! Adeline, cállate,” se dijo a sí misma con severidad, sintiendo que sus mejillas se calentaban de vergüenza.

Ella estaba divagando y parecía una tonta. Además, no tenía ninguna duda que parecía como si la hubieran arrastrado por un seto particularmente implacable, con el pelo torcido, todo el cuerpo cubierto por mantas y el camisón demasiado grande de la señora Davidson.

El caballero no se burló de su parloteo, más bien se inclinó levemente y sonrió. Eran unos labios hermosos, reconoció ella, en silencio, pero eso no era algo que se le ocurriera pensar, en condiciones normales.

—Es un placer —dijo él, en respuesta a su charla incoherente.

—¿Trevor y George están bien? —preguntó ella, antes que él pudiera distraerse. Su cerebro se estaba volviendo más confuso, cada segundo, y necesitaba saber que su estúpida decisión no les había causado ningún daño.

—Están muy bien, Lady Adeline. No hay heridas graves que señalar y la señora Davidson los ha alimentado y abrevado lo mejor que ha podido. Estaban mucho más preocupados por usted y su bienestar, se lo aseguro.

El alivio que sintió fue abrumador, pero, para horror de Adeline, percibió que las lágrimas le picaban en la parte posterior de los ojos.

—Esto es maravilloso. —Ella sollozó—. L-lo siento, estaba muy preocupada. —Sintió que una lágrima le bajaba por la mejilla, pero sus brazos estaban prácticamente pegados, a los costados, por el peso de las mantas, por lo que ni siquiera podía mover uno para limpiarse.

El caballero avanzó, a grandes zancadas, sacó un pañuelo impecable de su bolsillo y se lo tendió.

—Estoy estancada —suspiró miserablemente con la garganta adolorida por intentar contener las lágrimas.

Él frunció el ceño, confundido, antes que su expresión se aclarara, y le sonriera. Ese buen rostro estaba estampado con amabilidad.

—Entonces, permítame, milady.

Para sorpresa de Adeline, él se puso en cuclillas, junto a ella, y extendió la mano, limpiando la lágrima, y otra que se había escapado con el pañuelo.

—G-gracias —murmuró ella, avergonzada, adolorida, cansada y emocionada—. No sé por qué lloro. Normalmente no soy tan llorona.

Él se rió suavemente y su aliento rozó su mejilla.

—Le aseguro que tiene todos los motivos para llorar, milady. Y está siendo terriblemente valiente. Conozco a muchas mujeres que estarían desconsoladas, si se enfrentaran a la mitad de lo que usted ha experimentado esta noche. Y, sin duda, ninguna se preocuparía más por sus sirvientes, que por sí misma. Eso es un mérito suyo y no hay nada de qué avergonzarse.

Su amabilidad la hizo querer llorar, aún más, pero luego se dio cuenta de algo y se controló.

—¿Usted sabe quién soy? —preguntó con curiosidad. Estaba segura que no le había dicho su nombre, ya que se desmayaba cada dos minutos, y lloraba, cada cierto tiempo.

—Sus sirvientes me lo dijeron —respondió él con paciencia.

“Ah, claro que sí... Esto tiene sentido. ¡Cielos! Tengo la cabeza nublada.”

—Ya la he molestado mucho —dijo, poniéndose de pie, en toda su altura—. La señora Davidson ha ido a buscar té y medicinas. —La miró de arriba a abajo con la mirada tormentosa fija en su boca. Ella podría haber pensado que esto era un poco excitante, incluso romántico, si él no la hubiera mirado de repente con el ceño fruncido—. ¿Todavía tiene frío? —preguntó con una voz más exigente, que el tono suave que había estado usando hasta ahora, y ella tuvo la loca idea que estaba en problemas.

—Mmm, ¿sí? —respondió ella, tímidamente.

Si ella no se equivocaba, él murmuró cierta maldición, en voz baja. Luego, él se alejó a grandes zancadas de su campo de visión y regresó, en un momento, con un vaso en la mano, que parecía ser brandy.

—¿Puedo ayudarla a sentarse, milady? ¿Para que pueda beber esto sin que se le derrame encima?

—No me gusta el brandy —respondió ella, rápidamente. Recordó una ocasión, no muy lejana, en la que la curiosidad la había vencido, al beberse medio vaso de un trago, después de colarse en el despacho de su padre. En ese entonces, inmediatamente, se sintió enferma, dándose cuenta que no estaba hecha para ese trago.

El caballero arqueó una ceja.

—¿Ya usted lo ha probado antes?

—Una vez —respondió ella, estremeciéndose—. Y no me interesa repetir la experiencia.

“Esa risa es hermosa,” pensó Adeline distraídamente con cierta melodía, estando ligeramente ronca. Esto hizo que su estómago se revolviera de la manera más extraña y, a pesar del terror de las últimas horas, se sintió extrañamente en paz.

—No voy a entrometerme —aclaró él—. Aunque tendré que insistir en escuchar la historia, cuando usted se sienta mejor. Pero, necesitamos que entre en calor, y esta es la forma más rápida de hacerlo.... Estuvo en la nieve, durante mucho tiempo, y no podemos permitir que se enferme, ¿cierto?

Adeline negó obedientemente con la cabeza, en respuesta, aunque incluso ese movimiento le provocó una punzada de dolor, que la hizo estremecerse. Los ojos de él se clavaron en los de ella de inmediato. Y una vez más, el tono burlón, casi coqueto, desapareció, reemplazado por una severidad sensata con la que era difícil discutir.

Él colocó el vaso en el suelo, junto al diván, y luego se inclinó hacia ella, dándole una bocanada de un aroma picante y masculino, que le hizo revolver el estómago.

—¿Puedo? —preguntó él.

De repente, ella no confió en su voz, así que Adeline simplemente asintió.

—Seré gentil —confirmó él, antes de buscar debajo de las sábanas. Sus manos eran grandes y cálidas, y las mejillas de Adeline ardieron alarmanamente, ante el contacto de su piel contra el algodón del camisón de la señora Davidson. No había nada inapropiado en su toque, salvo el hecho que estaba sucediendo en un salón sin nadie más alrededor. Pero su piel chisporroteaba, como si él la hubiera desnudado.

“¿Y de dónde surgió ese pensamiento?”

Ella pensó en cuestionar su cordura o repentina lascivia, pero él la levantó hasta sentarla y apiló cojines detrás de su espalda. Al soltarse las mantas, ella pudo tener las manos libres y las sacó, sorprendida por lo pálida y azul, que se veía su piel.

Ella frunció el ceño, antes de volver a mirar al caballero. Esa mirada gris ya estaba fija,

en su persona, y Adeline no movió ni un músculo, cuando él levantó una mano y le rozó la mejilla con los nudillos.

—Usted tiene frío —dijo él con voz baja y ronca.

Ella no sabía qué decir, tampoco sabía por qué se había quedado muda, ante ese mero contacto, pero así estaba. Se quedó sentada completamente cautivada y totalmente capturada por esa mirada, durante lo que podrían haber sido segundos o eones. Y no sabía si habría mirado hacia otro lado, antes que él rompiera la conexión, y se agachara para coger el vaso.

La extraña atracción, que sintió, palideció en comparación con el asco que se apoderó de ella, al contemplar el líquido ámbar, y esa risa le rozó la mejilla, una vez más.

—Vamos, no es tan malo.

—Puedo asegurarle que lo es —replicó ella.

—Pequeños sorbos —la persuadió, presionándole el vaso en la mano—. Solo unos pocos. Puede tomarse su tiempo, pero esto la calentará como ninguna otra cosa.

Adeline se dio cuenta que él tenía razón. Sabía los peligros de exponerse y no quería llegar a la casa de la tía Leonora, medio muerta. Así que, con un suspiro de resignación, se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbo tentativamente. Incapaz de evitar hacer una mueca, ante el sabor, tomó otro y luego otro más, antes de decidir que era suficiente y se lo devolvió a la mano. Aunque esta bebida era repugnante, podía admitir que la sensación que recorría su cuerpo y llegaba hasta su estómago era muy agradable.

—¿Más? —le ofreció el caballero, tendiéndole el vaso, nuevamente.

—Está bien. —Ella resopló, antes de tomar tres sorbos más.

El líquido le hizo chapotear agradablemente en el estómago, y ella cubrió un bostezo con la mano.

—Bueno, parece que está dando resultado —dijo él con ironía, dejando el vaso vacío en el suelo, junto a ella—. La señora Davidson ha ido a buscarle un poco de té y láudano, aunque no parece que usted vaya a permanecer despierta lo suficiente para poder beber el té.

—Quizás pueda tomarlo mañana —aceptó ella somnolienta, mientras se recostaba completamente contra los cojines.

—Iré a ver cómo va la medicina —replicó.

Justo cuando él llegó a la puerta, Adeline se acordó de llamarlo:

—Espere. —Aunque él dio la vuelta para verla con esa mirada de peltre clavada en ella—. ¿Cómo se llama usted?

—Henry —respondió—. Henry Gladstone. Soy...

Él dudó, una emoción que ella no pudo discernir se reflejó en su rostro. Estaba demasiado cansada para cuestionarlo, o para preguntarse siquiera por qué estaba allí.

—“Solo Henry”.

—Bueno, buenas noches, “solo Henry”. Y gracias. —Ella sonrió, y se quedó dormida, antes de escuchar si él le respondió o no.

Capítulo cinco

Henry se quedó fuera del salón, mientras esperaba el regreso de la señora Davidson. Se sentía incómodo, como si hubiera sido deshonesto con la dama que estaba adentro. Él era “solo Henry”. Pero, bueno, el hecho que ella claramente fuera miembro de la alta sociedad significaba que era probable que reconociera el título de Briarcastle, si se lo otorgaban, y no quería que esa complicación, en particular, surgiera entre ellos. Sobre todo hasta que supiera que ella estaba bien, y no tenía heridas duraderas.

Ser “solo Henry” era infinitamente menos complicado que ser el heredero perdido de los Briarcastle. Y si sucedía que ella conocía a la familia, que muy probablemente, cada uno tenía su propio título, todo empeoraría. Por un lado, se preocuparía por la idoneidad de su situación y, por otro, él percibía un sentido del deber hacia la viuda de su tío. Seguramente, le debía a esta dama Briarcastle, decirle que estaba allí, antes que nadie.

¡No! Por supuesto. ¡Era mejor que ella no se enterara! Con suerte, al día siguiente, la tormenta habría amainado lo suficiente para que pudiera ir a buscar un médico para Lady Adeline, y continuar hasta la finca que, de algún modo, ya era suya. Por ahora, ayudaría a la señora Davidson a atender a Lady Adeline, y luego intentaría dormir un poco, algo que necesitaba con urgencia.

Indudablemente, esta velada sirvió de algo: lo distrajo un poco de su propio lío y, milagrosamente, logró aliviarle su dolor de cabeza.

El sonido de pasos, que se acercaban, atrajo la atención de Henry. La señora Davidson se acercó apresuradamente con una bandeja en la mano.

—Lady Adeline se ha quedado dormida —dijo él, en voz baja—. Pero creo que si usted logra que se administre el láudano, será de gran ayuda.

—Muy bien —replicó ella—. Si no le importa, señor Gladstone, necesitaré ayuda para llevarla a su habitación. La pondremos al lado de la suya. Sé que es poco ortodoxo, pero sus pobres sirvientes estaban muertos de hambre, así que he enviado a John para que vengan a descansar en el salón, y duerman aquí.

—No me importa esto, en absoluto, señora Davidson —replicó con suavidad—. La situación escapa a nuestro control y la comodidad de la dama es más importante que cualquier sentido del decoro. La ayudaré a instalarla, y la dejaré a su cuidado.

Ella asintió en señal de agradecimiento y luego entró, a toda prisa, en el salón. Dejó la bandeja sobre la mesa del comedor, sacó la botella de láudano y una cuchara, antes de acercarse sigilosamente a la mujer dormida. Con los movimientos expertos de alguien, que lo había hecho cientos de veces, antes, se sentó en el borde del diván y vertió una cucharada de la medicina, en la boca de Lady Adeline, sin derramar ni una gota. Henry reprimió una sonrisa, cuando la chica frunció el ceño, tal como lo había hecho, al oler el brandy. Pero al menos, esta vez, esos ojos expresivos suyos estaban cerrados, y él no se distraería con ellos nuevamente.

—Eso debería servirle para pasar la noche —dijo la señora Davidson, volviendo a poner el corcho en la botella, y poniéndose de pie—. Pero me quedaré cerca por si acaso.

—Señora Davidson, usted necesita descansar —dijo Henry, al observar el aspecto cansado de la mujer. Incluso ella ya se había retirado para descansar, cuando él dio la voz de alarma, pidiendo ayuda, y él sabía que esta mujer se levantaba muy temprano—. Si Lady Adeline está en la habitación contigua, a la mía, puedo escucharla. Le aseguro que no tengo mala

voluntad, y no entraré en su dormitorio sin usted. Si se despierta durante la noche, puedo ir a buscarla directamente.

Él sabía que esa era una presunción de su parte. Igualmente, estaba consciente que la mujer no tenía motivos para confiar en él, pero algo en su interior le indicaba que no podía dejar a esa frágil joven, en manos de otra persona.

La posadera lo miró a la cara, por un momento, y Henry se preguntó qué estaría buscando. Finalmente, ella asintió y sonrió.

—Eso será de gran ayuda, ¡gracias, señor Gladstone! ¿Tal vez, usted será tan amable de ayudarme a llevar a la dama, arriba?

Henry se apresuró a cumplir con las órdenes de la señora Davidson y, en cuestión de segundos, Lady Adeline estaba de nuevo en sus brazos, envuelta en tantas mantas, como él pudo. Le recorrió el rostro con la mirada y notó, con gran alivio, que, aunque todavía estaba increíblemente pálida, el tinte azul había desaparecido de sus labios. De hecho, el brandy, que ella tanto despreciaba, parecía haberle enrojecido ligeramente sus mejillas. Fue eso o su proximidad al fuego, o ambas cosas. De cualquier manera, le agradó ver que ella parecía menos un fantasma, que antes.

En cuestión de segundos llegaron al dormitorio, contiguo al suyo. Henry se hizo a un lado para permitir que la señora Davidson abriera la puerta, y luego la siguió adentro.

La habitación era un reflejo de la suya: una chimenea, una mesita, dos sillas y una bañera escondida discretamente en un rincón. La cama estaba pegada a la pared, y esta era la misma contra la que descansaba su propia cama, en el otro dormitorio. “*Eso está bien,*” pensó, “*debo poder oírla, si grita en la noche con solo una pared relativamente delgada entre nosotros.*”

Además, el fuego rugía en la chimenea, tal como la señora Davidson había prometido que lo haría, y la habitación estaba agradablemente cálida como resultado.

Henry caminó hacia la cama, con cuidado de no empujar demasiado a la mujer, que tenía en sus brazos. Esperó, mientras la posadera retiraba la colcha y luego colocó con cuidado a Lady Adeline sobre el colchón, asegurándose que las mantas la envolvieran, antes de dar un paso atrás para permitir que la señora Davidson la arrojara adecuadamente. Durante todo el proceso, la dama seguía dormida, y su suave respiración hizo que un mechón de cabello color caoba revoloteara sobre su mejilla.

Una vez que estuvieron seguros, que ella estaba cómoda, salieron de puntillas del dormitorio, y Henry cerró la puerta detrás de ellos, lo más suavemente posible.

—Bueno —dijo la señora Davidson—. Esta fue una velada bastante agitada, ¿no?

Henry solo pudo soltar una risa cansada, como respuesta.

—Se podría decir que sí —replicó—. Pero tuvo un buen final, así que podemos darle gracias al Cielo por eso.

—En efecto —convino la mujer con vehemencia—. Después de todo, no sé si la pobre Lady Briarcastle podría soportar otra racha de malas noticias.

Henry sintió que todo su cuerpo se quedaba paralizado por la sorpresa, mientras su cerebro luchaba por entender lo que acababa de decir la señora Davidson. Seguramente, no... Las Parcas no podían haberle lanzado algo así.

—¿Lady Briarcastle?

—Sí, la condesa viuda. ¡Oh, la pobre señora! Perdió a su marido hace algún tiempo, y desde entonces han estado buscando al heredero del hombre. Lo último que supe es que el yerno de la dama se está encargando de la búsqueda. ¡Lady Adeline es la sobrina de la condesa! La hija de su hermano. Reconocí el nombre de inmediato y luego, por supuesto, cuando tuve suerte con

ella, me acordé. ¡Es una joven encantadora! Viene a Briarcastle para las vacaciones, desde que era un bebé, en brazos. Generalmente viene con su padre, el conde de Darmount. No puedo imaginar qué trajo a la pobrecita aquí sola, especialmente en esta época del año. Pero al menos, ella está a salvo, gracias a la bondad. No tendremos que enviar un mensaje a la Abadía sobre otra tragedia familiar.

Henry solo podía mirarla fijamente con la mente dando vueltas, mientras la señora Davidson parloteaba, ajena a su conmoción y confusión interna.

Había tanto en qué pensar sobre lo que ella había dicho. Tantas preguntas, respondidas y sin contestar. No obstante, por alguna razón, su mente seguía dando vueltas, concentrada en un pensamiento insistente. Aunque no tenía ninguna relevancia para él o su situación, y esto era lo último en lo que debería estar pensando, no pudo evitar formular una pregunta incómoda:

—¿Usted dice que es la sobrina de Lady Briarcastle por parte de su hermano? —Intentó mantener su voz de la forma más tranquila y serena posible—. Entonces, ¿no es pariente de sangre del difunto conde de Briarcastle?

Si la señora Davidson se sorprendió por su pregunta, no lo demostró. Se limitó a encogerse de hombros, mientras comenzaba a despedirse.

—No, solo es una sobrina. La condesa estará feliz que está aquí —continuó, ajena a los pensamientos vacilantes de Henry—, pero si esta tormenta no amaina, puede pasar mucho tiempo, antes que vea a su tía.

La posadera hizo una rápida reverencia y se despidió de Henry, que se quedó solo, en el rincón oscuro, pensando en todo lo que acababa de oír. Sin embargo, había pensamientos que predominaban sobre el resto: *“¿por qué me importa que esa chica es mi prima? ¿Y por qué me sentí tan aliviado al descubrir que no es mi hermana?”*

Adeline se despertó con una luz blanca cegadora y se preguntó, presa del pánico, dónde estaba. No era su dormitorio, con sus tapices dorados y su colcha azul pálida. Fuera donde fuese, era un lugar agradable y limpio, pero muy distinto de sus lujosas habitaciones, en la mansión de su padre.

Parpadeó rápidamente, intentando, sin éxito, aclarar sus pensamientos confusos. Sentía como si alguien hubiera cogido un objeto contundente, golpeándola con el mismo. Tenía la garganta más seca que un desierto bajo el sol del mediodía. Y cuando volteó la cabeza hacia la ventana, que era la fuente de la molesta luz, su hombro y su cuello protestaron de la manera más dolorosa.

Entrecerrando los ojos para evitar el dolor de cabeza, miró por la rendija de una cortina desconocida, que cubría una ventana. Todo lo que vio fue blanco. Uno denso, espeso, y por un momento, esta visión la confundió, aún más.

Pero, mientras ella yacía allí, lentamente, la noche anterior regresó a su memoria. El viaje en el carruaje... Su cuerpo sacudido por un frío estremecedor... La sangre y el cristal en su cabello... ¡El dolor y el terror! ... Y luego un par de ojos tormentosos y brazos fuertes... El aroma de especias y sándalo... Una sonrisa malvada, brandy tibio y mantas... Y luego, la “nada”. Y todo eso estaba allí, ahí mismo...

Se llevó una mano con cautela, al pelo, estremeciéndose al sentir arena y barro, tal vez incluso vidrios, esparcidos entre los mechones. Se sentía enferma, adolorida y sucia. Pero, sobre todo, estaba reseca.

De la misma manera, ella se estremeció de dolor y giró la cabeza lentamente para mirar

alrededor de la habitación. Era pequeña, pero agradable y limpia. Era evidente que el fuego se había encendido, en la chimenea, desde la noche anterior, pues todavía había brasas allí, brillando de color naranja y manteniendo el lugar cálido. No es que las necesitara. Pero, las mantas, en las que casi se había ahogado la noche anterior, todavía estaban sobre ella, lo que la hacía sentir, como si no pudiera respirar bien.

Apretó los dientes para contener el dolor, que sentía en el cráneo, y volteó hacia la mesa, que estaba a su lado, sobre la que había una jarra y un vaso vacío. ¡Agua! De repente, sintió una necesidad desesperada de beber. Le costó un esfuerzo considerable sacar un brazo del capullo de mantas y, cuando lo logró, estaba débil y jadeante.

¡Esto era un desastre! Se esperaba que la tía Leonora la recibiera a ella, sana y salva, y en cambio, lo que tendría sería un desastre desaliñado y herido. Bueno, si algo bueno podía salir de todo esto... Al menos, Adeline sabía que, quienquiera que su tía hubiera elegido como posible esposo, seguramente la encontraría poco atractiva, para su alivio.

Apartó de su cabeza de esos pensamientos, sin sentido, y extendió una mano temblorosa hacia la jarra, pero no pudo alcanzarla. Suspirando de frustración, se retorció y terminó sentándose. El sudor le perlaba la frente, cuando logró hacer ese pequeño gesto. Pero esto no servía de nada. No podría viajar en esas condiciones, aunque el tiempo decidiera ser más cooperativo. Y necesitaba estar bien, en caso que Trevor o George necesitaran ayuda. Después de todo, era culpa suya que ellos estuvieran en esta situación.

Así mismo, probablemente debería enviarle un mensaje a su padre. Por lo poco que recordaba, él tendría que comprar un carruaje nuevo. Así que había mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo. Lo que significaba que tenía que ser capaz de realizar una tarea sencilla, como servirse un vaso de agua.

Apretando los dientes con determinación, extendió la mano, una vez más, para agarrar la jarra. Sonrió para sí misma, cuando agarró el asa, pero su triunfo duró poco, porque tan pronto como la levantó de la mesa, ella perdió el control de la misma, por completo, y la debilidad en su mano la tomó por sorpresa, por lo que el esfuerzo de tratar de atraparla la dejó sin aliento.

Adeline, consternada, no pudo evitar observar cómo la jarra cayó al suelo y se estrelló contra las tablas de madera con un ruido tan fuerte, que podría despertar a los muertos. Mientras murmuraba para sí misma sobre su propia idiotez, ella estaba a punto de hacer el intento hercúleo de levantarse de la cama para limpiar ese desorden, cuando, de repente, la puerta de su dormitorio se abrió de golpe, estrellándose contra la pared, lo que la hizo gritar de miedo.

Ella miró con asombro cómo el caballero de la noche anterior estaba en la puerta, su rostro era una máscara de preocupación, y sus anchos hombros llenaban el marco, empujando todo lo que lo rodeaba.

—Milady, ¿usted está bien? —Su voz sonaba ronca y cargada de preocupación.

Y de repente, Adeline se quedó sin aliento por una razón completamente diferente.

Capítulo seis

Henry no pudo pegar un ojo la noche anterior. Lo había intentado, una vez que se había despedido de la señora Davidson, pero su mente estaba llena de pensamientos sobre la información, que le dio la posadera y la preocupación por la joven, que dormía profundamente, en la habitación contigua a la suya.

Al final, Henry estaba tan alerta, atento a cualquier pequeño ruido, que agarró una silla de madera de su dormitorio, y se instaló fuera de la habitación de Lady Adeline. Esto no había sido una pérdida total de tiempo, porque cuando la joven doncella pasó por allí para encender el fuego, Henry la despidió y le ordenó, que dejara dormir a la dama. Si a la criada le pareció extraño que él estuviera sentado, en una vieja silla destartada, fuera de ese dormitorio, no dio ninguna señal, se limitó a hacer una reverencia, y siguió su camino.

Debió haberse quedado dormido, poco después, porque el sonido de algo fuerte golpeando el suelo lo hizo saltar de su piel y correr hacia la puerta, antes de poder siquiera respirar.

Una rápida lectura le indicó que todo estaba bien y su corazón extrañamente acelerado se calmó, mientras se miraban el uno a la otra, en la habitación.

—Lo siento —murmuró ella con la voz ronca por el sueño—. Quería beber algo y, bueno... —Hizo un gesto con la mano hacia el desorden en el suelo, pero Henry solo le dedicó una mirada. Estaba demasiado ocupado evaluándola. Seguía pálida, sí, pero definitivamente, ya no estaba azul. La luz del día mostraba más moretones, esa mañana, uno particularmente grave cerca de su sien, aunque no parecía confundida, lo cual era una buena señal.

Todavía no había tenido la oportunidad de comprobarlo, pero si el viento aullante era una indicación, la tormenta aún no había amainado. Y podría ser casi imposible conseguir un médico aquí, aunque lo intentaría, si ella lo necesitaba.

—Estaba a punto de limpiarlo —continuó ella, debido a que él no habló.

—Usted no se preocupe —respondió él. Ahora que podía ver que ella estaba relativamente bien, su corazón dejó de latir con tanta fuerza—. Permítame que le traiga un poco de agua fresca, y llamaré a la señora Davidson para que la atienda.

Una sonrisa iluminó ese rostro, y él sintió un extraño puñetazo en el estómago al verla.

—Usted es muy amable, señor Gladstone. ¡Qué suerte tuve que viajáramos al mismo tiempo! De lo contrario, el Cielo sabe qué me habría pasado.

Henry respondió a su sonrisa con otra, aunque débil, antes de marcharse para ir a buscar a la señora Davidson. Adeline no sabía que no era una coincidencia lo que los había llevado por el mismo camino, sino un destino común. Él debería decirle quién era, lo sabía. Pero algo lo estaba frenando. Por alguna razón, completamente extraña, detestaba ser alguien que no fuera “solo Henry” para ella. No quería ser el conde de Briarcastle. Tampoco deseaba ser el heredero, que su tía había estado buscando. Como le dijo la noche anterior, cuando ella le preguntó su nombre, quería ser: “solo Henry”.

Al entrar en el salón principal de la posada, vio a la señora Davidson barriendo las losas, mientras John limpiaba la enorme chimenea. Parecía que el joven era algo más que un mozo de cuadra. Se sintió extrañamente contento que la posadera tuviera un par de manos extra para ayudarla.

—¡Señora Davidson! —espetó—. Nuestra paciente está despierta y me temo que perdió

la batalla con una jarra de agua. ¿Podría traerme una de repuesto? ¿Y quizás algo de desayunar? Estoy seguro que tiene hambre.

—Por supuesto, señor Gladstone. Me ocuparé de ella enseguida. ¿No quiere sentarse en el comedor y pedir que le traigan el desayuno?

Henry hizo una reverencia, en señal de agradecimiento, y se dirigió al salón, que había alquilado el día anterior. Se habían limpiado todas las pruebas del rescate de Lady Adeline y el lugar estaba de nuevo impecable. La forma en que se había desarrollado esta estancia era, cuanto menos, poco ortodoxa, al igual que su deseo desesperado de ir a desayunar con la dama del piso de arriba, aunque, por supuesto, sabía que no debía hacerlo.

No podía precisar exactamente qué era lo que lo fascinaba tanto. No era su belleza, por sorprendente que fuera. Había conocido a muchas chicas guapas y, aunque era un ser despreciable, no había vivido exactamente como un monje. Tal vez fuera una especie de complejo de héroe y disfrutaba que ella fuera una damisela, a la que había salvado de la aflicción. Pero algo le decía que ella era perfectamente capaz de valerse por sí misma, estuviera él presente o no.

Tal vez fuera porque ahora sabía que ella era una conexión con ese futuro elusivo suyo, y que también contribuía a que él se sintiera más real. De cualquier manera, él deseaba estar cerca de ella, más de lo que normalmente quería estar junto a otras personas. No obstante, ella era de la “variedad soltera en edad de casarse”. Por lo general, eso significaba que había una madre ambiciosa, rondando por algún lugar cercano. Y ahora que aparentemente, él era un par del reino, esto lo empeoraría todo.

Henry decidió que sus pensamientos eran demasiado tortuosos, como para quedarse sentado, esperando el desayuno, y salió a evaluar el tiempo y examinar los caballos. Realmente, necesitaba ponerle nombre a su nuevo corcel, pensó distraídamente. Tal vez le pediría a Lady Adeline que le sugiriera uno.

Cuando encontró su abrigo recién lavado y seco, aunque no entendía cómo la señora Davidson había logrado organizar todo, se lo puso rápidamente, antes de apresurarse hacia las puertas que conducían al patio. Lo primero que notó fue lo difícil que era abrirlas. Lo segundo, cuando finalmente logró abrirlas, fue que todavía estaban justo en el ojo de la tormenta. El viento aullaba y gemía tan fuerte, como antes, pero lo que le preocupaba era la nieve. Ahora había crecido hasta más allá de sus rodillas, y las ráfagas no mostraban señales de disminuir. Pasarían tres días, como mínimo, antes que alguno de ellos pudiera abandonar ese lugar. Y eso era solo si la ventisca terminaba pronto, lo que no parecía en absoluto probable.

Había un rastro distintivo, a través de la nieve, que conducía a los establos, por lo que sabía que los caballos estaban cuidados, pero aparte de eso, no se veía ninguna señal de vida, en ningún otro lado.

Al regresar al interior, encontró a la señora Davidson saliendo del salón.

—Señora Davidson, acabo de echar un vistazo al tiempo que hace fuera. No soy un experto, pero no me parece que vaya a mejorar en un futuro próximo. Quería comprobar si tiene suficientes provisiones para todos nosotros.

—No se preocupe, señor Gladstone. La nieve está manteniendo a raya las cantidades habituales, pero he tenido en cuenta que la temporada de viajes ha sido muy intensa. Además, estamos acostumbrados al mal tiempo, en esta zona tan al norte. Tengo suficiente para aguantar medio año completo, y ni hablar de una semana o dos...

—Me alegro de oírlo —dijo Henry, un poco avergonzado—. Me temo que, como soy oriundo de las Indias Occidentales, no estoy muy familiarizado con el clima inglés.

—Está en buenas manos, señor. Ya tiene el desayuno preparado. Si me disculpa, la señorita tiene ganas de bañarse, así que me despido por ahora.

Ella se apresuró a irse con esa actitud tan ajetreada que tenía, y Henry entró en el salón para disfrutar el banquete, que ella había preparado. Una vez más, se maravilló de las capacidades de la mujer mayor. No sabía cómo había tenido tiempo para atenderlo a él y a Lady Adeline, limpiar el lugar de arriba a abajo, secarle la ropa y preparar huevos, tocino, pan fresco y café fuerte, pero estaba agradecido de todos modos. Esa doncella suya debía ser una gran ayuda.

Henry desayunó y pensó en los próximos días. Tal vez incluso una semana o dos, como había sugerido la señora Davidson. No habría periódicos, a domicilio, y no habría forma de enviar mensajes a Briarcastle ni a sus hombres de negocios, y mucho menos a su madre, que estaba en el extranjero. Del mismo modo, Lady Adeline no tendría forma de avisar a su padre ni a su tía. Se preguntó cuán preocupados estarían, cuando ella no apareciera, o si pensarían que la tormenta la mantenía alejada. Y se preguntó qué haría cuando la tormenta pasara, y ella se diera cuenta, que ambos se dirigían al mismo sitio.

Aún así, él suponía que ella obtendría sus respuestas, muy pronto, dado que no había nada que hacer allí. Tendrían que conocerse mejor o ignorarse en silencio, durante toda la estadía, y esta última no era realmente una opción. Por un lado, sería imperdonablemente grosero y, por otro, francamente, no quería evitarla. Conocer mejor a la encantadora Lady Adeline era algo más que interesante.

Una vez que terminó de comer, Henry se encontró vagando un poco sin rumbo. Visitó a John y a los caballos, pero no se quedó mucho tiempo porque los sirvientes de Adeline se habían instalado en el alojamiento. Después de una breve charla con los hombres, que estaban haciendo un trabajo estelar, cuidando a los animales asustados, pasó una buena media hora, acicalando a su ejemplar y conociéndolo bien. Incluso le dio un poco de avena para mantenerlo feliz. El caballo había sido criado para la velocidad y el movimiento, por lo que estaba demostrando su insatisfacción, al estar encerrado en un pequeño establo. Pero después de un poco de atención y un soborno directo, este se tranquilizó.

Sin mucho más que hacer, Henry dejó a los hombres, jugando a las cartas, sobre un fardo de heno, y regresó al interior de la posada. Allí encontró a la sirvienta, Franny, esperándolo con un mensaje que Lady Adeline, quien solicitaba su presencia, en su dormitorio.

Evaluó a la muchacha de cerca, en busca de cualquier señal que ella chismorreara sobre la dama, por exigir la presencia de un hombre, que no era su marido ni un pariente, en su habitación privada, pero la muchacha parecía abierta y despreocupada. De hecho, había algo de camaradería entre todos ellos, en esta pequeña posada, aunque los sirvientes generalmente se mantenían fuera de su camino. Al menos con Lady Adeline tendría compañía.

De repente, ansioso por verla, le dio las gracias a Franny, y se apresuró a subir las escaleras. La puerta estaba cerrada, cuando se acercó al rellano que compartían, y se sintió extrañamente nervioso, mientras tomaba aire y golpeaba la madera.

Esa voz sonó clara y firme, cuando lo llamó para que entrara. Sin duda, esa era una buena señal. Respiró profundamente, otra vez, giró la manija e ingresó al dormitorio.

La habitación estaba cálida, aunque no era sofocante. Eso fue lo primero que notó Henry. Lo segundo fue que olía a lavanda y rosas. El aroma era femenino y tentador, lo que lo dejó atónito, por un momento, antes de ver a Lady Adeline, no en la cama cubierta con mantas, sino sentada junto a la chimenea. Y nuevamente, él se sorprendió.

El fuego le había dado a ella un saludable rubor a sus mejillas y su cabello, recién lavado y recogido hacia atrás, era una explosión de colores rojos y castaños oscuros. Algunos mechones

suelos caían sobre sus hombros, que estaban cubiertos con un chal de lana.

—George rescató uno de mis baúles —dijo ella, a modo de saludo, agitando una mano sobre un vestido de paseo, verde salvia, que llevaba debajo del chal de cachemira—. Pero la señora Davidson pensó que nada de lo que yo tenía era lo suficientemente abrigado, así que insistió en que lo usara sobre mis vestidos, y no me atreví a desobedecerla.

Henry se rió de su expresión de ojos muy abiertos. Pensó que sería muy fácil perderse en esos ojos suyos. Sin embargo, por fuera, él se limitó a asentir solemnemente.

—Eso suena muy sensato —replicó él. Luego, cuando el silencio se prolongó un poco, dio un paso más hacia el interior del dormitorio—. Usted tiene buen aspecto, considerando todo —dijo—. Pero, ¿usted está segura que debería levantarse de la cama tan pronto?

—Solo con el permiso expreso de la señora Davidson —manifestó con una suave sonrisa, en los labios, como si la pregunta le agradara—. La verdad es que creo que corrí peligro de asfixiarme bajo todas esas mantas. Estoy más segura aquí afuera, en la silla. Y, en cualquier caso, no es más que un pequeño dolor de cabeza.

—Quizás el exceso de mantas fue culpa mía —admitió él—. Cuando la llevé a la cama, tenía tanto miedo que se congelara, durante la noche, que le llevé todas las mantas.

Esas mejillas se sonrojaron aún más, y por supuesto, él se dio cuenta que la había hecho sonrojar. Eso lo hizo sentir extraordinariamente complacido, y de repente quiso ver hasta qué punto podría excitarla.

—Gracias —replicó ella con cierto recato—. Por todo. De verdad, me estremezco, al pensar qué habría sido de mí, si usted no hubiera hecho todo ese trabajo de cargar con mantas y todo eso... No sé cómo podré pagarle por haberme salvado.

—No es necesario —aclaró—. Y vale la pena salvarla, infinitamente.

¡Ah! Otro sonrojo. Él había descubierto un juego nuevo, que era muy divertido.

—En cuanto a cómo descansar —continuó, acercándose a donde ella estaba sentada—, he estado afuera y me temo que parece que estaremos encerrados aquí, por la nieve, durante bastante tiempo. Así que tengo una idea de cómo puede recompensarme exactamente.

Él se detuvo, ante la silla, y observó cómo la luz del fuego danzaba sobre ese rostro y cómo esos labios se abrían en un tentador “¡Oh!”. Pero antes que ella pudiera abofetearlo, o exigirle que abandonara semejante vulgaridad, él siguió hablando:

—¿Qué tal juega usted el ajedrez?

Capítulo siete

Adeline nunca se había considerado una persona particularmente competitiva, pero después de haber perdido contra el señor Gladstone, en dos partidas de ajedrez, y haber sido derrotada rotundamente en la tercera de backgammon, reconoció que no le gustaba perder.

Ella le echó la culpa al caballero, que estaba sentado frente a ella, en la pequeña mesa de madera, junto a la ventana de su habitación. No porque él fuera especialmente hábil en los dos juegos, aunque tuvo que admitir a regañadientes que sí lo era, sino porque él era tan distractor, que ella no podía concentrarse en ninguno de los juegos, en que compitieron.

Cuando él le había sugerido, por primera vez, que le devolviera el favor, ella se había sorprendido, a sí misma, por sus pensamientos lascivos, en respuesta a ese tono grave y brillo travieso, en esos ojos. Le había recordado a un gato salvaje, merodeador y peligroso, pero embriagadoramente seductor. Había sido una decepción escuchar que él solo la quería para jugar al ajedrez y al backgammon.

Ella no había podido concentrarse durante toda la tarde. Sus ojos estaban demasiado ocupados, contemplando esos hombros tan anchos, esas grandes manos, y ese mechón de pelo oscuro, que le caía sobre la frente, mientras meditaba sobre su próximo movimiento.

De vez en cuando, ella percibía un olor a sándalo, que inevitablemente la llevaba a cometer un error tonto. Y cada vez que él se reía de su cara de enfado, o susurraba una palabrota, decididamente poco femenina, su estómago daba un vuelco muy peculiar, como si estuviera lleno de mariposas alborotadas.

De hecho, estaba tan enamorada de él, que no se dio cuenta del paso del tiempo, y se sorprendió cuando Franny, la tímida, pero amigable criada, llegó con una bandeja con cosas para el almuerzo.

Observó, ridículamente decepcionada, cómo el señor Gladstone se levantaba para marcharse, pero sabía que no podía pedirle que se quedara. Ya estaban cruzando límites, que la arruinarían por completo, si alguien se enterara. ¡No tenía sentido empeorar las cosas!

Además, aunque le costaba admitirlo, estaba cansada de estar sentada, durante horas, y su cabeza empezaba a dolerle desagradablemente.

—Gracias por una mañana muy entretenida, milady —dijo el señor Gladstone con una sonrisa de satisfacción, en el rostro—. Disfruto mucho cuando gano.

Ella lo miró con el ceño fruncido, sin perderse el modo en que Franny se mordía el labio para no reírse.

—De nada, señor Gladstone —replicó ella con voz empalagosa—. Me alegro que usted no se parece a uno de esos caballeros, que insisten en ganar con honor... puede resultar muy tedioso lidiar con tanta moralidad.

—Perdóneme, Lady Adeline. Pero parece que usted cree que he ganado deshonorosamente, aunque estoy seguro que no puede ser así.

—No, en absoluto, señor Gladstone. Solo estoy señalando que la mayoría de los caballeros, que conozco, podrían considerar algo embarazoso vencer a una mujer gravemente enferma, en partidas de ajedrez y backgammon. —Su boca se torció.

—Gravemente enferma —repitió él con falsa solemnidad—. Y yo pensaba que no era más que un dolor de cabeza insignificante.

—Sí, bueno... —Ella resopló piadosamente—. A una dama no le gusta quejarse

demasiado alto. No es propio de una mujer.

Esa risa fuerte resonó por toda la habitación, e hizo que el corazón de ella se acelerara salvajemente, el cual era una cosa traidora.

—Y usted es tan amable en la derrota. Es el epítome de una dama, se podría decir.

Ella simplemente le levantó una ceja.

—Pero usted tiene razón, Lady Adeline. Y no me gustaría que se pusiera en duda mi honor. Tal vez esta noche, después que haya descansado, podamos volver a jugar. Y esta vez, podemos hacerlo un poco más interesante.

No tenía idea qué quería decir él con eso, pero antes que pudiera preguntarle, él hizo una reverencia y salió del dormitorio. Durante todo el almuerzo de pastel de faisán y té fuerte y dulce, Adeline se preguntó qué podría hacer él para que los juegos fueran más emocionantes. Pero sabía que, fuera lo que fuese, ya estaba excitada por ello.

Aún así, mientras permitía que Franny la ayudara a acostarse para descansar, no podía librarse de la necesidad casi enfermiza de golpearlo.

—Franny —dijo ella, mientras se recostaba sobre la almohada—. ¿Qué tan buena es usted en el backgammon?

La criada reprimió una sonrisa.

—Me temo que nunca aprendí a jugarlo, milady —dijo, en tono de disculpa.

Adeline suspiró derrotada.

—No se preocupe, milady —continuó Franny, mientras recogía la bandeja del almuerzo de Adeline y se dirigía a la puerta—, hay muchas formas en las que una dama tan hermosa, como usted, puede superar a un caballero.

—¿Las hay? ¿Puedes decirme cuáles podrían ser? —preguntó, pero la sirvienta simplemente negó con la cabeza.

—Estoy segura que usted lo descubrirá pronto —respondió crípticamente, antes de cerrar la puerta con un suave clic.

Henry no podía dejar de sonreír, durante el resto de la tarde. De hecho, en todo el almuerzo, se rió para sí mismo, al recordar el absoluto disgusto de Lady Adeline, cada vez que perdía. Esto era una cosita manipuladora, que ponía en tela de juicio su honor como caballero, solo porque ella era una mala perdedora. Pero, él admitió, que esto funcionó. Aunque estaba desesperado por recuperar su honor.

No obstante, probablemente esto tenía más que ver con querer pasar tiempo con ella, otra vez, que con una preocupación real por su brújula moral.

Había terminado de cenar con John y los dos sirvientes de Adeline, ya que no parecía tener mucho sentido andar con ceremonias, cuando él era el único huésped de la posada, aparte de la malherida, que vivía en el piso de arriba. Y además esta fue una comida muy agradable. Había aprendido sobre Briarcastle de una manera que solo era posible con aquellos que vivían con la gente de abajo, o lo conocían. Igualmente, obtuvo información valiosa sobre el padre de Adeline, y el tipo de hogar, en el que ella había crecido.

Estaba claro que el personal sentía un verdadero cariño por su dama. Así como era cierto que Briarcastle era un lugar bien administrado y feliz, al menos según estos hombres y los sirvientes, que lo conocían. Incluso John, el mozo de la cuadra, solo tenía cosas buenas que decir sobre este sitio.

Cuando terminaron de comer y Henry disfrutaba de una copa de oporto y un puro, el sitio

no parecía tan desalentador ni la tarea de ser conde lucía tan insuperable.

Observó cómo los segundos pasaban dolorosamente lentos hasta que decidió que había pasado suficiente tiempo, desde que se sirvió la cena, antes de poder volver a visitar a Lady Adeline.

En cuanto ella se sintiera lo suficientemente bien, por supuesto, dejaría de ir a su dormitorio, pero por ahora, él no permitiría que ella arriesgara su salud por el bien del decoro.

Se encontró con la señora Davidson, justo cuando ella salía de la habitación de Lady Adeline.

—¡Ah! ¡Qué momento tan oportuno, señor Gladstone! Acabo de acostar a Su Señoría, pero insistió en que no podrá dormir hasta que le gane a usted, en algún juego... Se mostró muy firme al respecto, y pensé que sería mejor no molestarla.

Henry no pudo contener la risa. Nunca hubiera imaginado que la dulce y agradecida dama tuviera una vena tan testaruda, y podía admitir que eso la hacía aún más intrigante.

—No se preocupe, señora Davidson —expresó, asegurándose que su voz sonara lo suficientemente fuerte como para que se oyera—. La venceré en una partida más de backgammon, y luego insistiré en que descanse.

Incluso desde allí afuera, oyó un bufido de burla. Podía ver que la señora Davidson lo miraba especulativamente, pero no estaba de humor para responder a ninguna pregunta indiscreta, así que evitó su mirada, mientras se despedía de ella, y luego se deslizaba hacia el dormitorio de Lady Adeline. Se aseguró de dejar la puerta abierta, por supuesto. Sobre todo porque no quería verse tentado a cruzar ningún límite.

—Buenas noches, milady. —Él se esforzó por mantener la calma, cuando vio la inconfundible luz de la batalla en esos ojos.

—Buenas noches, señor Gladstone. ¿Jugamos?

Esta vez, a él se le escapó una carcajada. Ella estaba sentada majestuosamente, como una reina en un trono, y el aspecto se arruinaba un poco por el hecho, que estaba recostada en la pared de la cama, con el camisón demasiado grande de la señora Davidson sobre sus hombros, y el tablero de backgammon, apoyado sobre sus piernas.

—La señora Davidson me dijo que no podía levantarme de la cama hasta la mañana siguiente —explicó—. Y tuve que prometerle que la escucharía, antes que se fuera.

—Si usted quiere, podemos fingir que ha ganado. Nadie más que nosotros lo sabrá. —Ese jadeo estaba lleno de indignación.

—Nunca haría algo así —dijo ella con desdén.

—¡Ah! Olvidé que estaba hablando con un modelo de honor —bromeó él, en respuesta.

Aunque por fuera ella era encantadora y jovial, Henry sabía que jugaría un juego muy peligroso, si se acercaba más a esa dama. Tal vez le preocupaba más su seguridad y salud, que cualquier otra cosa de la noche anterior, e incluso de esta mañana, pero ella lucía mejor, en cada segundo, y él era solo un hombre, con toda la debilidad que una joven hermosa le puede provocar.

—Pero me temo que puede ser muy difícil jugar en una cama. —Incluso decir algo así hizo que su mente se llenara de pensamientos oscuros y poco caballerosos, y fue entonces cuando supo con certeza que no podía acercarse a esa cama.

Lady Adeline suspiró profundamente y con resignación. Levantó la vista hacia el techo, antes de clavarle esa mirada color chocolate, que prácticamente se estaba volviendo irresistible.

—Señor Gladstone —empezó—, no estoy orgullosa de esto, pero no podré pegar ojo, si no gano al menos un partido de algo, esta noche.

—Todos tenemos nuestros defectos, milady —dijo él, ganándose otra mirada de desaprobación—. ¿Qué tal si llegamos a algún tipo de acuerdo? —terminó preguntando.

—¿Un compromiso?

—Mmm. Algo que se pueda ganar tan fácilmente como se pierde, y que no requiera una tabla —agregó él, en silencio.

“Y no me acercará a ti, mientras estés acostada en esa cama.”

—Muy bien. ¿Qué sucede?

Henry sonrió. Metió la mano en el bolsillo, sacó una corona y dijo:

—Un lanzamiento de moneda al estilo antiguo. Puede llamarlo así: “cross y pile”, o la cabeza y el reverso.

—Y si acierto correctamente, ¿qué obtengo? —Ella no parecía impresionada.

Él lo pensó, apartando brutalmente aquellas imágenes errantes e impropias.

—Puede pedirme cualquier favor o solicitar que le cuente un secreto. —Él se dio cuenta que la idea lo fascinaba.

—Y si usted gana correctamente, ¿qué obtiene? —insistió ella.

Henry sintió que su voz sonaba más ronca, llena de invitaciones. Aunque él sabía que esto se debía a su imaginación hiperactiva, Tuvo que aclararse la garganta, antes de poder responder, y aún así, el silencio se hizo tan tenue como el papel.

—La llamaré Adeline —respondió él, en voz baja—. Sin títulos ni apellidos. —Sonrió, recordando la noche anterior, cuando le había dicho que él se llamaba “solo Henry”.

Ella también lo recordó, porque sonrió a su vez.

—“Solo Henry” —confirmó ella—. ¿Y “solo Adeline”?

—Si el destino está de mi lado —respondió él.

—Muy bien, entonces, yo pido la cabeza.

Capítulo ocho

Hacía tres días que jugaban a la cabeza o al reverso de la moneda, y durante esos días, Adeline no había ganado ni un solo lanzamiento de moneda. Después de los primeros intentos, ella exigió inspeccionar la corona. Luego de los siguientes, insistió en usar una de las suyas. Y esto no sirvió de nada. El destino estaba totalmente en su contra.

Afuera, la nieve había disminuido un poco, pero no era suficiente como para que pudieran irse. En su interior, ella se alegraba secretamente de ello.

Aunque a Adeline se le encogía el pecho de culpa, cada vez que pensaba en la inminente preocupación de la tía Leonora por ella, no podía evitar disfrutar cada segundo de los días que pasaba, en esa posada tranquila, mientras seguían encerrados en la nieve. Indudablemente, la señora Davidson y su personal eran amables, la comida era excelente, y las habitaciones permanecían cálidas y limpias. Además, George y Trevor se habían recuperado del accidente con poco más que moretones y rasguños. Incluso la mano de George se curó notablemente bien. Y ellos estaban contentos de cuidar de los caballos y beber hasta agotar el agua de los grifos de la señora Davidson.

Lo mejor de todo era el señor Gladstone, o Henry. Él hacía que su corazón se acelerara, cada vez que la miraba, incluso su estómago se apretaba, y su centro palpitaba con la necesidad más extraña y perversamente deliciosa, cuando le guiñaba un ojo. ¡Así era!

Una de las exigencias que él le impuso, cuando ganó el juego de una moneda fue que lo llamara Henry. Después, él decidió que la llamaría Addy, ya que había ganado la oportunidad de llamarla Adeline hacía tres días. Ese juego se convirtió en una especie de excusa para conocerse mejor. Ella sabía todo sobre la infancia de Henry, en las exóticas Indias Occidentales, y ahora él conocía todo sobre la infancia de ella, en particular los veranos, que había pasado en Briarcastle con el tío Wilfred y la tía Leonora. Henry escuchaba atentamente todas sus historias, como si Adeline fuera la criatura más fascinante del mundo, y a su vez, ella estaba cautivada por esos relatos sobre una tierra con la que jamás había soñado.

Ahora que ella se había recuperado por completo, él no volvió a visitarla, lo que la entristecía un poco, a pesar de lo libertina que era. De hecho, por cada momento que pasaba con él, cada comida que compartían y cada breve paseo hasta los establos, cuando él insistía en abrirla un camino, antes que pudiera poner un pie fuera, e incluso por cada partida de cartas, ajedrez o backgammon, cada poema, soneto o relato leído, en voz alta, de uno de los libros de la señora Davidson, ella se volvía cada vez más libertina, ante este hombre.

En todos estos años, su madre la arrastró por el mercado matrimonial de la ciudad, y la tía Leonora la hizo conocer a un desfile de caballeros. Finalmente, todo esto la llevó a pensar que tal vez había algo malo en ella. Que posiblemente no estaba hecha para el amor ni el romance, ni el cortejo, ni el matrimonio. Porque nunca había deseado siquiera besar a un caballero, en la mejilla.

Pero, ¿qué sucedía con Henry? ¡Sí! ... Con él... No podía explicarlo, pero ella se sentía muy diferente con este hombre tan encantador. De hecho, percibía exactamente lo contrario, cuando rechazaba a esos pretendientes autoimpuestos, lo cual era tan emocionante como aterrador. Siempre se había considerado una dama, perfectamente respetable, pero, francamente, Henry no hacía sentir así...

—Addy, no me diga que usted está de mal humor, otra vez.

El sonido de la voz de Henry la sacó de sus cavilaciones, y ella se dio cuenta que se le calentaban las mejillas. Teniendo en cuenta lo que había estado pensando, no pudo evitar sentir que sus pensamientos inapropiados estaban pintados en su rostro.

—Mire cómo se sonroja —bromeó él—. No estará pensando en formas de matarme, ¿cierto? Solo porque aún no me ha vencido.

Lo que más le gustaba de él, en el mundo, es que parecía burlarse de ella, tiernamente, aunque también fue muy bueno, compartiendo mucho sobre sí mismo, incluso cuando ella aún no le había dado suficiente confianza.

Y todavía había muchas cosas que él no le contaba. Por ejemplo, ella oyó de su viaje a Inglaterra desde las Indias Occidentales, pero no sabía por qué lo había hecho. Además, ella ya sabía mucho sobre su madre y cuánto él la quería, pero nada sobre el resto de la familia de Henry, salvo que el padre había fallecido.

Por supuesto, él no le debía ninguna información, y le parecía extraño que ella sintiera que debía saber esas cosas sobre él. Supuso que su única excusa era que pasar casi una semana a solas con él, sin nadie más que la acompañara, le producía una sensación de intimidad, que nunca había experimentado con nadie más.

—Estoy pensando en formas de ganar —dijo ella con picardía, ganándose la sonrisa favorita de Henry. A estas alturas, ella ya conocía todas sus expresiones. Esa sonrisa descarada, vagamente arrogante y absolutamente incorregible, era una de las mejores—. ¿Usted recuerda que todavía me debe un favor o un secreto?

—En realidad, ¿cómo podría olvidarlo? —preguntó él.

Los dos estaban sentados en el salón privado, que daba al salón principal, como era su costumbre por la tarde. A esta hora, Adeline sabía que la señora Davidson y Franny estaban en la cocina, preparando la cena. John, Trevor y George se encontraban cuidando los caballos, o cortando leña, o haciendo alguna tarea similar. Aunque los sirvientes de Adeline estaban inquietos y nerviosos, durante los primeros días de descanso, ya habían empezado a ayudar en los trabajos de la posada.

De hecho, a menos que Adeline estuviera muy equivocada, Trevor se sentía atraído por la señora Davidson.

—¿A qué jugamos, entonces? —preguntó Henry, dejando a un lado el libro que estaba hojeando—. ¿Qué quiere hacer?

Afuera, el viento aún cantaba su lamento invernal. Allí adentro, el fuego crepitaba y chisporroteaba. Si escuchaban con mucha atención, tal vez incluso oirían el sonido metálico de los postes y las cacerolas de la cocina. El sol invernal era invisible y permanecía oculto tras un cielo de un blanco puro.

Tal vez, la sensación de aislamiento del mundo y el accidente la habían trastornado un poco. Posiblemente, estar encerrada la volvió “un poco loca”. Fuera lo que fuese, de repente Adeline decidió dejar de lado la precaución. Sabía exactamente lo que quería hacer. La pregunta era si sería lo suficientemente valiente para cumplir con su propósito.

—Tiremos una moneda al aire —dijo ella, lo que se había convertido en una especie de código, entre ambos, que practicaban cuando querían hablar para aprender más del otro, o para conocerse de una manera, que fuera más allá de una charla convencional y educada.

Sin dudarlo, Henry sacó la corona de su bolsillo. Parecía que la llevaba consigo en todo momento, pero Adeline se negó a ver demasiado, en ese pequeño gesto, para no hacer el ridículo.

—¿Usted está segura? —preguntó él, haciendo rodar la moneda entre los dedos de una forma muy distraída—. No le ha ido precisamente bien con este juego, ¿cierto?

¡No! Obviamente, a ella no le había ido bien. Y exactamente por esto, quería jugar. Era una forma de justificar sus acciones, ante sí misma. Si perdía, nada cambiaría. Pero, si ganaba, lo estaba tomando como una señal para ser valiente y... ¡Hacer lo que quería!

—Estoy segura —replicó, sorprendida por lo firme que era su voz, cuando por dentro estaba temblando.

Henry frunció el ceño ligeramente, como si leyera sus tumultuosas emociones en sus ojos.

—Dilo —la instó—. ¿Cabeza o reverso?

—Cabeza.

El aire estaba cargado de expectación. Incluso parecía que el viento aullante del exterior se había calmado.

Adeline observó la moneda volar por el aire y sintió como si el tiempo mismo se hubiera ralentizado, mientras la veía subir y subir, y luego caer, bajar y quedarse en la palma de Henry, quien la esperaba, ansiosamente.

Ambos se quedaron mirándola, durante segundos o eones, antes que finalmente esa mirada gris tormenta se alzara para encontrarse con la de ella.

—Bueno, mire eso —dijo él con una voz áspera—. Usted ha ganado. Entonces, ¿qué será, Addy? ¿Un favor o un secreto?

Adeline tuvo un momento de total y absoluta quietud, antes de reunir todo su coraje y ponerse de pie para cruzar la corta distancia, que los separaba. Como si percibiera la importancia del momento, Henry también se levantó, lentamente, hasta que estuvo muy por encima de ella.

El corazón de Henry latía furiosamente, mientras permanecía inmóvil, esperando que Adeline sellara su destino. Porque sabía que no podía mentirle abiertamente. Si ella le preguntaba por qué estaba allí, no tendría valor para mentir. Ya él estaba luchando con el hecho que estaba ocultando esa información, que cambiaría la vida de ambos.

Cada día se acercaban más y él la deseaba más, hasta que ahora estaba allí, al borde de la locura por el deseo. “¡Cielos! Esta mujer es magnífica... Hermosa y testaruda, competitiva y amable,” así pensaba Henry con satisfacción. Él la vio ayudar a la señora Davidson, en la posada, mimar a George y su mano herida... Y ella vio a su caballo, aún sin nombre, comer avena de su mano... Ambos estaban enamorados, el uno de la otra...

Él la escuchó con crecientes celos, mientras ella le contaba las estratagemas de su tía para casarla con cualquier cantidad de solteros atractivos, que exhibía ante las propias narices de Adeline. Y, a cambio, él le contó todo sobre sí mismo, excepto lo más crucial de todo.

Al principio, él se había guardado esto para sí porque no estaba preparado para afrontarlo y quería ser “solo Henry”... Como si ella estuviera disfrutando de ser “solo Addy”. Este era un acuerdo tácito.

Sin embargo, allí, sumergido ante esos desgarradores y preciosos ojos femeninos, él sabía que tal vez no guardaría su secreto. Si ella le preguntaba por esto, se lo diría y, de alguna manera, sabía que esa relación incierta entre ellos cambiaría para siempre, solamente por eso.

Él se estaba preparando para disculparse por el subterfugio, cuando vio un destello de determinación, en esos ojos inolvidables, como si ella hubiera decidido algo. Adeline inclinó la barbilla de esa manera obstinada, que a él tanto le gustaba, y lo sorprendió muchísimo.

—Un favor —dijo ella con valentía y firmeza—. Quiero un favor —repitió. Y luego lo besó apasionadamente.

Capítulo nueve

Henry se quedó completamente congelado, mientras su cerebro intentaba captar lo que estaba sucediendo, aunque su cuerpo estaba muy por delante de él.

Sin siquiera saber lo que acababa de pasar, sus brazos rodearon a Adeline y la atrajeron hacia su pene, que de repente le dolía. Su gemido de puro deseo masculino, ante el contacto provocó un gemido de respuesta de ella y, así, su cerebro abandonó el control por completo, dejando que la criatura básica dentro de él tomara el control por completo.

¡Ay! En todos sus años en este mundo, nada se había sentido tan bien como tener a esta mujer en sus brazos. Una pequeña y cada vez más minúscula parte de él sabía que necesitaba contenerse. ¡No podía permitir que la lujuria, rugiente dentro de él, se desatara! Incluso ella no estaba lista para eso. ¡No podía enterrarse en esa mujer! Pero, ¡maldita sea! ¡Cómo lo deseaba!

En todas las noches que había pasado solo en la cama, que compartía la pared con la de ella, imaginando que le tomaba la mano, en ese preciso momento, ninguna de sus fantasías se había acercado a esta realidad. Los sonidos que ella emitía, cuando él la obligaba a abrir la boca con la lengua, antes de adentrarse en ella, eran exquisitos. Ella soltó su primer suspiro de rendición con la boca abierta. La sensación de sus delicadas curvas, bajo sus manos, mientras examinaba cada deliciosa pulgada de ella lo enloquecía totalmente. El inocente balanceo de esas caderas contra la parte de él, que más la necesitaba, lo excitaba demasiado. Todo era mucho mejor de lo que él podría haberse imaginado.

—¡Oh! Te deseo, Adeline —susurró contra su boca, sin siquiera reconocer esa voz torturada, como la suya. En respuesta, ella apretó sus labios con más fuerza contra los de él, siendo exigente y estando completamente desatada, lo que destruyó el autocontrol de Henry.

Él metió la mano entre sus suaves y sedosos rizos y se deleitó con la sensación de las horquillas deshaciéndose, como una cascada de seda color caoba, cayendo sobre sus palmas. Y ese aroma femenino se estaba ahogando en él.

Agarrándole los mechones de la base del cuello, inclinó su cabeza para poder besarla, aún más profundamente, y mostrarle con su lengua lo que tanto anhelaba hacer con ese cuerpo. Y no era suficiente. No lo era...

—Dime que pare —dijo él con brusquedad, mientras se movía para depositar besos calientes y penetrantes, a lo largo de esa mandíbula, y bajando por su garganta larga y delicada.

—No —replicó ella, obstinadamente, jadeando y volviéndolo loco.

—Por favor —gruñó, él contra su garganta—. Por favor, dime que pare. Es la única forma en que podré hacerlo.

Ella se apartó un poco para poder verlo bien a los ojos, y esa mirada llena de lujuria le atravesó el alma. Y él trató de no sentirse decepcionado, ya que ella lo estaba viendo y escuchando. Trató de recordar que él era un caballero y ella merecía algo más que le levantaran las faldas, en el salón de una modesta posada.

Pero entonces, Adeline lo arruinó todo, ofreciéndole una pequeña sonrisa diabólica.

—Henry —dijo ella con una voz apenas ronca—. “Solo Henry”. —Él contuvo la respiración sintiendo, como si ella tuviera su vida, en la palma de sus manos—. ¡No quiero que te detengas!

Y los últimos vestigios de ese control masculino se partieron en dos.

Si los besos que Henry le había dado hasta ahora eran apasionados, estos no fueron nada, comparados con los que le estaba dando ahora mismo... Adeline apenas había podido respirar, cuando él ya estaba encima de su cuerpo, dándole un placer y mostrándole una pasión, que ella no sabía que él fuera capaz...

Incluso si Adeline hubiera tenido algo de sentido común, tal vez, estaría avergonzada por los sonidos guturales que se le salían, pero no podía pensar lo suficiente, como para sentirse avergonzada, y no podía sentir nada más que un anhelo desesperado por más y más, de ese hombre.

Su zona más íntima palpitaba, su corazón latía con fuerza y, durante todo ese tiempo, ella se aferraba a Henry, como si él fuera el centro del universo.

El hecho que cualquiera de los sirvientes, o incluso la propia señora Davidson, pudiera entrar por la puerta, en cualquier momento, no significaba nada para ella. No estaba casada, solo conocía a Henry, por una semana, y parte de ese tiempo estuvo inconsciente. Además, él no le hizo promesas y ella no le exigió ninguna. No obstante, todo esto no significaba nada para ella. No frente a esta vorágine, que podía rivalizar con la tormenta del exterior.

Las manos de Henry, que habían encontrado el camino de regreso hacia su cabello, ahora estaban en movimiento, una de ellas agarrándola por el trasero, levantándola hasta que esa dura longitud estuvo presionada justo contra donde él más lo necesitaba. A pesar que Adeline no tenía idea de lo que él estaba haciendo, dejó de lado todos los pensamientos, y se limitó a sentir y disfrutar. Y cuando rodó sus caderas contra él, buscando y encontrando una deliciosa fricción, sacó un gruñido de necesidad desenfrenada de sus labios, y no pudo evitar sentir un orgullo puro y femenino. ¡Ella lo hizo! Había llevado a este gran hombre, al borde de la desesperación, aunque no podía ser demasiado presumida porque estaba allí con él.

Otra mano acarició su cadera y luego comenzó a moverse lentamente, muy lentamente hacia arriba hasta que rozó la parte inferior de su pecho y ella se encontró empujándolo lascivamente. Su cuerpo estaba exigiendo, que él se moviera más y que aliviara el dolor repentino, que había despertado allí. Pero ese pulgar solo dibujó círculos enloquecedores, justo debajo de donde ella más lo necesitaba.

Estaba a punto de perder la cabeza por completo, cuando él finalmente se movió, acariciándola por la cima, y enviándola a dar vueltas, en espiral.

—Henry —gimió en su boca, rogando por algo que no podía nombrar. Pero él pareció entenderla, porque la mano que la sujetaba con fuerza contra su cuerpo se movió, y comenzó a levantar la tela de sus faldas, subiéndolas cada vez más, hasta que ella empezó a sentir el aire fresco en la piel por encima de las medias, y más arriba hasta que...

De repente, ella ya no estaba en sus brazos.

Adeline se tambaleó, parpadeando rápidamente por la sorpresa, mientras su mente intentaba comprender lo que había sucedido. En un momento, ella estaba rodeada por ese calor y dureza, y al siguiente se encontraba completamente sola, en medio del salón, mientras Henry se alejaba de ella de un salto, como si lo hubieran quemado.

—¿Qué estás...?

—¿Milady?

Adeline se dio cuenta que, mientras ella se perdía en los brazos de Henry, Franny estaba llamando a la puerta del salón. Con creciente horror, se dio cuenta de lo cerca que estuvieron de ser atrapados.

Se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Henry, que afortunadamente oyó a la

criada, tocando la puerta. Aunque no pudo evitar sentirse un poco ofendida porque él se había sentido decididamente menos afectado que ella, considerando que la sirvienta pudo escuchar los sonidos de ese acto sexual y mucho más...

Mientras sentía que sus mejillas seguían calientes de forma insoportable, supuso que su respiración parecía tan agitada como la de él, pese a que Henry lucía insistentemente tranquilo y sereno. ¡Esto era bueno!

—Milady, ¿le gustaría prepararse para la cena?

—Mmm, s-sí, por supuesto, Franny. —Se inclinó y recogió todas las horquillas que pudo, lanzándolas apresuradamente y al azar en su cabello—. Iré enseguida. —Manteniendo la cabeza gacha, se apresuró a abrir la puerta. Afortunadamente, Franny ya estaba por las escaleras, que descendían desde el rellano.

Adeline estaba a punto de salir corriendo, cuando la voz de Henry la detuvo en la puerta.

—¿Adeline?

Ella giró la cabeza para mirarlo por encima del hombro. La expresión de su rostro era claramente lobuna.

—Creo que tengo que dejarte ganar más a menudo.

Ella no sabía qué decir, ante ese abandono de su lenguaje formal, así que optó por el silencio y salió corriendo del salón hacia la escalera. Pero por más que lo intentó, no pudo esconder la sonrisa, que iluminaba su rostro.

Capítulo diez

La cena fue una tortura para Henry. No había otra palabra para describirla. Cada vez que Adeline se llevaba un tenedor a la boca, o tomaba un sorbo de vino, su pene se contraía.

Nunca había sufrido tanto. Ni siquiera cuando era un muchacho, que había perdido la virginidad con la hija del mercader, a quien consideraba la mujer más hermosa del mundo. Ahora ni siquiera recordaba su nombre, y ella, sin duda, tampoco recordaría el suyo.

Incluso, en aquel entonces, cuando todo lo que había sido era una bola de hormonas furiosas, no se había sentido tan excitado. Era una lástima, ya que esa era una de las noches en las que la señora Davidson se sentía particularmente conversadora, y se quedaba, entre plato y plato, para hablar sobre su día y cómo parecía que finalmente había dejado de nevar.

Henry la observó de cerca, toda la noche, en busca de alguna señal que indicara que ella sabía lo que había sucedido entre Adeline y él, pero ella solo parpadeaba inocentemente, cada vez que su mirada se cruzaba con la suya. ¿Era demasiado ingenua? Tal vez...

De todas formas, él necesitaba desesperadamente estar a solas con Addy. “*Me encanta que ella me permita llamarla así,*” pensó distraídamente. Le gustaba que esta mujer fuera tan libre y relajada con él. Solo podía esperar que la tranquilidad continuara entre ellos, cuando ella supiera la verdad.

Por esto necesitaba estar a solas con ella. No para acostarse con ella, aunque no podía negar que la idea se había convertido en una especie de obsesión, más bien porque ese beso había cambiado todo para él, y ya no podía negar que Adeline estaba empezando a significar algo muy importante para su persona. Si quería seguir adelante con ella, de alguna manera real, necesitaba enfrentarse a sí mismo. Para ser digno de Adeline, tendría que ser transparente con ella... Tendría que decidir si podía adaptarse a esta vida, que no había planeado, esperando que asumir todo esto valía la pena para estar con ella.

Y en el fondo, por muy loco que él pareciera, después de solo una semana de conocerla, él ya sabía la respuesta. Sin embargo, el corazón es una bestia misteriosa, como siempre le advertía su madre. Y a veces era necesario seguirlo, tuviera sentido o no.

—¿Le traigo una bandeja de té, milady?

Henry se tragó una maldición. ¿Una maldita bandeja de té? Esta cena ya había sido interminable con la señora Davidson, insistiendo en ofrecer una segunda ración de todo, e incluso una tercera. Luego, vinieron los postres, que obviamente eran los platos de dulces, que habían sobrado de la repostería de esa tarde. Y ahora el té. ¡Esto era demasiado! Aunque Henry no podía decirlo por educación.

Él mantuvo un discurso cortés, durante cada plato, que le sirvieron, habló de arte, música y todo tipo de cosas mundanas. Hizo todo lo posible y casi logró no distraerse con lo hermosa que se veía Adeline envuelta en seda rosa oscuro. Cómo el color profundizaba el rojo de su cabello y cómo hacía que sus ojos parecieran los charcos más lujosos de chocolate decadente. No obstante, él estaba llegando al límite de su paciencia.

Entonces, Adeline habló, siendo tan gentil y amable, como siempre:

—Gracias, señora Davidson, pero creo que me retiraré a descansar por la noche. Creo que usted tiene razón. El clima parece haberse calmado un poco, puede que no pase mucho tiempo, antes que estemos en camino nuevamente, y tendré que estar bien descansada para la última etapa de nuestro viaje.

Por mucho que Henry estuviera contento que este método de tortura estuviera llegando a su fin, la mención del viaje de Adeline a Briarcastle fue suficiente para oscurecer su humor.

“¿Qué dirá ella cuando le confiese todo? ¡No es algo malo! Y, en todo caso, al menos la salvaré y evitaré que la pasen de mano en mano, entre un grupo de abominables solteros que compiten por ella.”

Henry apartó sus pensamientos de ese tema, en particular, ya que su estado de ánimo estaba en el suelo. Si a eso añadía ese nivel de celos, muy bien podría explotar de rabia.

—¡Oh, cómo voy a extrañarlos a ambos aquí! —exclamó la señora Davidson, haciendo que Henry se sintiera, como un canalla por sus pensamientos poco caritativos. ¡Esa mujer lo tenía en un aprieto!—. Pensarán que soy una vieja tonta, pero ya empiezo a imaginarlos sentados aquí, el día de Navidad, todos cómodos y cálidos.

Adeline extendió la mano y estrechó la de la señora Davidson entre las suyas.

—Eso suena maravilloso, señora Davidson —replicó—. Y si mi tía pudiera prescindir de mí, nada me gustaría más que pasar mi Navidad aquí. ¡Ciertamente!

Simplemente, la señora Davidson le dio una palmadita, a la mano de Adeline, y luego se despidió rápidamente con una sonrisa acuosa.

El silencio, que dejó a su paso, fue ensordecedor y, de repente, Henry tuvo miedo de llenarlo. Temía arruinar ese encuentro incipiente entre ellos. Y miedo a que la magia, que se había tejido entre ellos, se hiciera añicos.

El sonido de la silla de Adeline, al retroceder, lo sacó de sus cavilaciones, y él se puso de pie de un salto.

—Te dejo con tu brandy —expresó en voz baja, casi insegura.

—¿Seguro que no quieres acompañarme a tomar una copa? —bromeó él con la esperanza de aliviar la extraña tensión que surgió entre ellos—. Recuerdo lo mucho que te gusta esa bebida.

Ella puso los ojos en blanco y algo se aflojó en su pecho.

—Por muy tentador que sea, creo que me retiraré —dudó, como si estuviera esperando que él dijera algo, pero, como Henry era cobarde, las palabras simplemente no le salían. Y entonces, él se limitó a extender la mano y tomarla, inclinándose para depositarle un beso encima, acariciando con el pulgar sus nudillos—. Buenas noches, “solo Adeline”.

—Buenas noches, “solo Henry”.

Y con una sonrisa fugaz, ella se retiró del comedor.

“Definitivamente está en su habitación,” se dijo Adeline, mientras pegaba la oreja a la fría pared, que los separaba. Era el sonido de una bota que se quitaba. Y si escuchaba con atención, sí, ahí estaba la otra. Él se estaba desvistiendo. De repente, a ella se le hizo un nudo en la garganta, ante la idea de compartir su intimidad con él.

La cena fue casi interminable con la señora Davidson parloteando, como si estuviera a punto de perder el habla. Normalmente, Adeline disfrutaba mucho de las charlas con la posadera, aunque solo fuera porque le gustaba ver a la mujer mayor, sonrojándose, ante la mención del nombre de Trevor. Pero esa noche... bueno, realmente, podría haber prescindido de sus constantes interrupciones.

Después de lo que había pasado entre ellos, hoy, y lo que ella le había ofrecido, estaba segura que él estaba a punto de aceptar, y había pensado que la cena podría ser una velada romántica de anticipación, que terminaría en un beso tan trascendental como el anterior. Tal vez, si ella era lo suficientemente valiente para hacer realmente lo que quería, incluso obtendría

mucho más que un beso.

Un pensamiento así jamás se le habría pasado por la cabeza. Ni siquiera hacía dos semanas. Pero ese interludio, esa ruptura con la vida real, la había cambiado de manera incommensurable e irrevocable. ¡Se había enamorado! Por más loco y terriblemente maravilloso que esto fuera, ¡ella sí se había enamorado! Y ningún otro soltero respetable ni ningún caballero con título jamás significaría algo para ella. Ninguno podría compararse con “solo Henry”. Él había capturado su corazón y ella lo había sabido con certeza desde el momento, en que se habían besado. Por eso quería entregarse por completo a él. Porque él ya poseía la parte más importante de ella.

Oyó el ruido de una silla y dejó que su mente divagara. Tal vez, él se estaba sentando para quitarse la corbata y la camisa de lino. Probablemente, él levantaría lentamente la tela, por encima de su cabeza, revelando los planos y ángulos marcados de su musculoso estómago y amplio pecho.

Bueno... Eso era todo. Ella estaba decidida... ¡Al diablo con las consecuencias!

Silenciosa como un ratón, Adeline abrió la puerta y asomó la cabeza, buscando de arriba abajo a algún sirviente extraviado. Pero, al parecer, todos estaban acostados y dormidos. Todos, menos Henry y ella.

Caminó de puntillas los pocos pies que la separaban de la puerta y, con el corazón, latiendo con fuerza, levantó la mano y llamó a la puerta. Sintió más de lo que oyó, que el movimiento cesaba por completo en la habitación, y se preguntó si él la dejaría allí parada y la ignoraría por completo.

Pero entonces, justo cuando estaba a punto de escabullirse con el rabo entre las piernas, la puerta se abrió y allí estaba él.

Tal como lo había imaginado, él se había quitado la camisa y estaba de pie frente a ella, descalzo y vestido solo con unos pantalones. Pronto se dio cuenta que su imaginación era inútil, porque cuando se enfrentaba a la realidad de ese hombre, simplemente no podía anticipar lo que vendría.

Todo lo que vio fue piel y músculos, millas de ellos. A pesar de lo fascinada que estaba, apenas se dio cuenta que extendió una mano para presionar contra ese abdomen, duro como una roca, hasta que él la agarró, entre sus brazos.

—Adeline. —Su voz era como brandy, besos robados y una noche quieta y oscura—. No tengo fuerzas para alejarme de ti. Así que tienes que darte la vuelta y volver a tu dormitorio.

Adeline se sentía como si estuviera al borde de un precipicio. Una era la vida para la que había sido criada: seguridad, virtud, encontrar un marido, serio y sólido, y llevar una vida seria y sólida. La otra era esto: esta cosa salvaje e impredecible entre ellos, tan aterradora y estimulante, como la tormenta que los había unido... Esta cosa adictiva, peligrosa y que cambiaba la vida, que se había envuelto en su corazón, y que ella sabía que nunca la dejaría ir.

Levantando el rostro de sus manos unidas hacia su mirada tormentosa, ella tomó una decisión audaz, que sería su salvación o condenación.

—No tengo fuerzas para alejarme de ti —susurró—. Y tampoco quiero hacerlo.

—No sabes lo que dices. —Esa voz masculina era suplicante, rogándole que se fuera. Pero ella no podía hacerlo.

—Sí, lo sé. ¡Sé lo que digo y sé lo que quiero! A ti, Henry... Deseo todo lo que tienes para darme. ¡Lo quiero todo!

Capítulo once

A Henry no le gustaba su propia actitud de retrasar la conversación, que no quería tener con Adeline. Incluso debía decirle la verdad y lo ansiaba más que el aire para respirar. Por lo tanto, no podía negarle esa conferencia. Con su mano, todavía sujetando la de ella, contra su cuerpo, caminó hacia atrás hasta que Adeline estuvo en su habitación. Extendió la mano y cerró la puerta, empujándola suavemente hasta que su espalda quedó presionada contra ella. Con una mano apoyada contra la madera sobre su cabeza, movió la otra hacia el pomo de la puerta, girando hasta que escuchó el clic, que selló el destino de ambos. Y luego la besó.

Intentó hacerlo despacio y con ternura, esperando darle una introducción suave al acto sexual, como ella se lo merecía, pero el fuego que siempre parecía arder entre ellos, justo debajo de la superficie, se encendió al primer contacto de sus labios y, en poco tiempo, su lengua bailaba con la de ella y sus brazos rodeaban esa cintura, levantándola hasta que su pene, estuvo presionado contra ella, y sus piernas rodearon su cintura.

Ella tenía una sensualidad natural, que lo atraía de una manera que nada ni nadie más lo había hecho jamás. Se sentía como si ella hubiera sido hecha solo para él, y él para ella. Y sería demasiado fácil rasgar el frágil material, que los separaba, y conducirse a esa casa, a donde él quería estar, mejor dicho, necesitaba estar. Pero no quería apresurarse. Quería tomarse su tiempo y explorar cada pulgada de ella. Y el solo pensamiento de esto era suficiente para darle la fuerza para caminar hacia la cama, con las piernas de ella todavía envueltas firmemente alrededor de él, como si pensara que él estaría lo suficientemente loco como para no dejarla ir.

Los dejó caer a ambos sobre la cama y rodó hasta que ella quedó debajo de él, con su cabello caoba, esparcido contra el blanco puro de sus almohadas. Parecía una diosa, hecha para el pecado y la seducción, y Henry sabía que necesitaba probarla. Sabía que sería lo más delicioso, que jamás podría deleitarse en su vida.

Le llevó un momento quitarse el camión hasta que ella quedó desnuda, ante él, y tuvo que detenerse un momento para recuperar el aliento. Adeline era magnífica y él sintió que el impacto de ella conmovía algo en lo más profundo de su ser. Justo en su alma. Nunca habría nada en su vida tan perfecto como ese momento, justo en esa noche.

Inclinando la cabeza, capturó su boca, una vez más, en un beso embriagador, antes de ponerse a trabajar, explorando cada pulgada de ella con la boca, los dientes y la lengua. Ella se retorció debajo de él, como una llama viva, gimiendo y sollozando, agarrándose de su cabello, mientras él pasaba la lengua primero sobre un pezón y luego en el otro. Solo cuando ella estaba jadeando y empujándose contra él, entonces, él se movió más abajo, lamiendo su vientre, tenso y suave, pasando los dientes por su cadera y más abajo aún hasta que alcanzó el vértice de sus muslos.

Ella siseó, sorprendida ante el primer contacto de su boca contra su centro, moviendo las piernas, como si quisiera cerrarlas con fuerza. Pero él no podía negarse el acceso a ese lugar, a su centro mismo.

—Ábreme las piernas, amor —susurró él—. Déjame probarte.

—N-no puedes —murmuró ella, frenéticamente. Todo su cuerpo temblaba, mientras él luchaba por contenerse y esa visión por sí sola fue suficiente para llevarla al borde de la locura. Quería soltarse, deshacerse por completo. Ser completamente salvaje con él y por él.

—¡Oh! Créeme, sí puedo —dijo él con una sonrisa maliciosa. Ella lo miró con los ojos

entrecerrados, pero luego abrió las piernas, y él no perdió ni un segundo. La primera lamida hizo que su cabeza cayera contra la almohada, la segunda le valió un gemido que sonó, como si viniera de lo más profundo de su alma.

La besó alrededor de ese manojito de nervios, que sabía que la haría volar, sin darle todo lo que necesitaba, no hasta que ella sollozó y se lo pidió, empujándose hacia su boca con sus manos y arañándole el pelo.

Y como ella le pedía tan amablemente, él le dio lo que quería. La primera succión la hizo perder el control y sus gritos resonaron por toda la habitación, mientras cantaba su nombre, como si fuera un himno.

Henry la acompañó durante todo el proceso, con una paciencia y un control muy estrictos. El sudor le perlaba la frente y juró que la vería llegar al clímax, bajo su lengua.

—Tienes mejor sabor del que podría haber imaginado —la elogió, mientras volvía a subir lentamente por su cuerpo tembloroso—. Ahora, vamos a hacer todo esto, otra vez.

—No puedo —suspiró ella con los ojos muy abiertos y una mirada aturdida.

"Lo haré," pensó él con una dosis considerable de orgullo masculino. "*Le puse esa mirada en el rostro. Y lo voy a hacer, una y otra vez.*"

—Lo puedes hacer, amor —le dijo él con ternura, apartándole un mechón de pelo húmedo de la frente—. Déjame mostrarte.

Esta vez, él usó sus dedos para llevarla hasta el borde, observando su rostro, en busca de esa respiración entrecortada, que la delataba. Hundió un dedo adentro, sintiendo que esos músculos comenzaban a contraerse, pero antes que pudiera introducir el otro, una pequeña mano repentinamente lo agarró por la muñeca.

—Te quiero conmigo, mi amor —insistió ella.

"*¡Maldita sea! ¿No son estas las cinco palabras más hermosas que he escuchado?*"

Henry se acomodó entre sus piernas y se alineó con su entrada. Al primer empujón, ella cerró los ojos, pero él no se lo permitió. También la quería con él.

—Mírame a los ojos, Adeline —exigió, esperando hasta que ella obedeciera.

Él empujó más, gimiendo, ante el insoportable placer de esas paredes, que se cerraran a su alrededor.

—Lo siento, amor —lo dijo, antes de empujar hasta el fondo. Ella se estremeció, cuando él rompió su barrera, y se quedó quieta, temblando por la contención hasta que se acostumbró a la sensación de tenerlo dentro de su cuerpo.

Él observó el dolor grabado, en ese rostro, y se inclinó para susurrarle palabras de amor y aliento al oído, besando su garganta y boca hasta que sintió que ella se relajaba y movía las caderas, solo un poco, buscando la fricción que él sabía que necesitaba. Y él estaba más que feliz de complacerla.

Poco a poco, él empezó a dejar que ese cuerpo se familiarizara con el suyo, pero pronto, como siempre, el deseo se apoderó de ellos y encontraron un ritmo tan salvaje e indómito, como sus sentimientos. Era frenético, desesperado y perfecto.

Y cuando Adeline gritó y se desplomó al borde del olvido, Henry cayó con ella.

—Addy.

Ella sintió un beso, en su hombro desnudo, el siguiente en su espalda. Y aunque estaba agotada y adolorida, en lugares que ni siquiera sabía que existían, sintió que su cuerpo se llenaba de vida con esos toques.

—Creo que me mataste —murmuró ella, en la almohada, que tenía frente a su cara, ganándose una risita y una lenta y relajante caricia, a lo largo de su espalda.

—Lo mismo digo yo —replicó Henry con brusquedad, y su voz le provocó escalofríos, en la columna vertebral.

Esa noche anterior fue más de lo que jamás ella hubiera podido soñar. Henry le había mostrado maneras de hacer el amor, que ella ni siquiera estaba segura que tuvieran un nombre. La llevó al orgasmo, una y otra vez, con su lengua, sus dedos, su... bueno, ¡con eso! Luego la cuidó, usó una toallita para calmar el dolor del acoplamiento y lo hizo todo de nuevo por si acaso.

El hombre era insaciable y, como había descubierto, ella también lo era. Pero le gustaba hacerlo solo con él... Solo con él... La había arruinado definitivamente, y ella no se arrepentía ni un poco de ello. Él no le había hecho promesas, y ella no le había pedido ninguna.

No usaría esto como excusa para atraparlo o hacerle sentir algún tipo de obligación hacia ella. Había afrontado esto con los ojos bien abiertos. Incluso si nunca lo volvía a ver, sabía que nunca experimentaría algo así, en su vida, por lo que estaría feliz por ello, incluso si esto fue solo por una noche.

—Aunque me encantaría despertarte aquí, tenemos que llevarte de vuelta a tu habitación, antes que Franny o la señora Davidson se despierten —dijo Henry contra su hombro.

—Bueno, eso suena como un plan excelente, solo que creo que mis piernas ya no funcionan —murmuró ella, cansada.

Se preguntó vagamente si debería sentirse tímida o incómoda. Tal vez, incluso avergonzada de sí misma. Pero lo único que sentía era una felicidad, pura y extática.

—Estás haciendo maravillas con mi ego, amor —manifestó él, y le dio otro beso en el hombro—. Ven, te llevaré de regreso.

—Como hace una semana —dijo ella con una sonrisa, mientras se sentaba y se apartaba el pelo de la cara. Como Henry no respondió, Adeline levantó la vista y lo vio mirándola, como un lobo observaría a su presa. Parecía que podría comérsela viva, allí mismo.

—Realmente necesitamos sacarte de aquí —insistió él con voz ronca, y las palabras podrían haberle dolido, si ella no hubiera podido ver el hambre voraz, en ese rostro.

—Quizás haya tiempo —empezó ella tímidamente, pero él ya estaba sacudiendo la cabeza.

—Estás adolorida —aclaró él, y ella se preguntó cómo él se había dado cuenta—. Debí haber sido más amable. ¡Lo siento!

Pero Adeline no quiso oírlo.

—¡Esto fue perfecto! —replicó él en voz baja, pero con firmeza. Su mirada se suavizó de inmediato—. ¡Esto fue perfecto! —convino—. ¡Eres perfecta! Pero también eres demasiado tentadora para mi cordura, así que tenemos que sacarte de aquí, y luego podré contar los minutos hasta el desayuno, mientras me quede solo, como un cachorrito enamorado.

Adeline se negó a mostrar cómo se le encogió el corazón, cuando él mencionó que estaba enamorado, aunque sabía que estaba bromeando. Se apresuró a ponerse el camisón, que había tirado, y luego, riéndose, le hizo un gesto para que se fuera, cuando él intentó cargarla.

Antes que Adeline saliera del dormitorio, él extendió la mano y agarró la de ella.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo Henry, en un tono extrañamente serio. Y por un momento, ella temió que él reconociera que ambos habían cometido un error. Pero entonces, Henry extendió la mano y le levantó la barbilla, ahuecando su mandíbula con la mano—. Anoche fue la mejor noche de mi vida y, pase lo que pase, me aseguraré que se repita.

Después, él le dio un breve y dulce beso, en la boca, y la condujo hacia la puerta.

Capítulo doce

Los días siguientes fueron los más angustiosos y maravillosos de la vida de Adeline. La tormenta finalmente había pasado, y ella supo que sus días allí estaban contados.

Empezaron a limpiar los caminos del jardín, y Henry la había sacado a jugar con la nieve. Se lanzaron bolas de nieve y se persiguieron hasta que su nariz se puso roja de frío, y luego, él la llevó adentro, a toda prisa, pidiendo que les trajeran un baño a los dos.

Tan pronto como la señora Davidson y Franny regresaron a las escaleras, después de llenar las bañeras, él se coló en su habitación y se apretujó en la bañera de ella, levantándola sobre su regazo, y quejándose que olería como una dama.

Era un espacio muy estrecho, pero eso no impedía que hicieran el amor, con ella a horcajadas sobre sus caderas, y él guiándola, a un ritmo que los dejaba a ambos agotados, pero satisfechos. Incluso todas las noches, él entraba en su dormitorio, y le hacía el amor apasionadamente y salvajemente, antes de desaparecer de nuevo, mientras ella se quedaba dormida. Y todas las mañanas, ella se despertaba con una ardiente sonrisa, en el rostro.

Sin embargo, junto con lo bueno, había una persistente sensación que algo no iba bien. A veces, sorprendía a Henry mirándola con algo parecido al miedo en sus ojos. Y en otras ocasiones, ella estaba segura que él estaba a punto de decirle algo serio. Y cuando eso sucedía, Adeline se asustaba tanto que insistía en salir a caminar o, si era seguro, simplemente lo abrazaba y apretaba sus labios, contra los de él, hasta que lo distraía de lo que fuera que estuviera pasando.

Llevaban casi dos semanas, en la posada, cuando ella supo que ya no podía posponer más su viaje a casa de la tía Leonora. No era justo para su tía que ella siguiera allí. Además, si la tía había conseguido localizar a su conde, podría estar sentada en la Abadía de Briarcastle sola con ese hombre extraño, que podría echarla en cualquier momento. Como mínimo, su tía necesitaría el apoyo de Adeline, en caso que esto sucediera.

Adeline sabía que, en realidad, deberían haberse ido ayer, pero se había resistido a dejar atrás a Henry y también sabía que Trevor no quería dejar a la señora Davidson. ¡Vaya red que habían tejido durante su estancia, en ese pequeño trozo de paraíso, en una posada rural de Cumberland!

El desayuno de esa mañana fue un asunto sombrío. Henry estaba callado y pensativo, y la señora Davidson permanecía sensiblera y callada, mientras traía bandejas de comida, que casi todos no querían tocar.

—Deberías comer más —dijo Henry, y Adeline levantó la vista de su plato para ver que él la miraba—. No olvidemos lo que pasaste hace apenas unas semanas. ¡Necesitas mantener tus fuerzas!

Adeline decidió terminar con esto de una vez por todas, respiró profundamente, y simplemente soltó lo que no quería decir.

—Tengo que irme —expresó—. Debo irme hoy, a Briarcastle.

El silencio era ensordecedor. Una parte de ella deseaba desesperadamente que Henry le suplicara que se quedara, y que le diera alguna señal, que quería algo más de ella, solo esta última semana. Pero él se limitó a mirarla con una plétora de emociones, revoloteando en su rostro, que ella no podía precisar.

Cuando esto se volvió insoportable, ella ya no pudo tolerarlo más. Se puso de pie de un salto, y dio la vuelta para marcharse.

—Addy, espera. Tengo que decirte algo —manifestó con nerviosismo—. No sé cómo decírtelo, pero debo hacerlo.

Ella esperó, temerosa de mirarlo por temor a convertirse en piedra.

—No soy quien dije que era.

Todo ese cuerpo femenino se congeló, quedando en estado de shock, ante esas palabras. Ella giró rápidamente para mirarlo a la cara.

—Es decir, lo soy... Soy yo... “Solo Henry”. Pero también soy... —Se detuvo de repente y se pasó una mano por el pelo—. Necesito que entiendas que nunca quise ser deshonesto. Pero, bueno, estaba indeciso. No sabía si podría hacer esto ni vivir esta vida. Si tan solo quisiera... Y luego te conocí y supe que sí puedo... ¡Que debo hacer esto! Si vamos a... ¡maldita sea! Estoy arruinando todo esto...

Adeline no pudo evitar mirarlo, luciendo confundida y nerviosa.

—Henry, ¿de qué estás hablando?

—Antes que te vayas. Quiero decir, a Briarcastle, quiero que sepas que nunca tuve la intención de mentirte. Al principio, tal vez, pero luego no pude encontrar una manera de decírtelo sin que pareciera que te lo oculté solo para ser deshonesto... Y, en verdad, solo te lo oculté durante tanto tiempo porque fui egoísta, y me aterrorizaba que esto cambiara todo entre nosotros... Y lo último que quiero es que algo se interponga entre nosotros. Ni esta mentira mía. Ni el título. ¡Nada de esto!

Adeline negó con la cabeza, aún más confundida que cuando él había empezado a hablar.

—Henry, por el amor a la bondad. ¿Qué mentira? ¿Qué título? Yo...

De repente surgió otra voz:

—¡Adeline! ¡Oh, gracias al Cielo! Estaba muy preocupada porque la tormenta te hubiera alcanzado. En cuanto vi que el camino estaba despejado, esta mañana, me dispuse a buscarte. ¡Qué suerte que estuvieras tan cerca! Y... ¿quién más podría ser? ¡Estás aquí!

Adeline giró hacia la voz chillona de la tía Leonora, que corrió a su lado, en una ráfaga de pelaje marrón.

—Mmm... —La cabeza de Adeline daba vueltas y el corazón le latía con fuerza, mientras intentaba averiguar qué diablos había estado tramando Henry. Pero claramente no era el momento de hablar de ello—. Tía Leonora, yo... yo estaba a punto de partir hacia Briarcastle —dijo, sonriendo débilmente—. Te presento a mi... eh... amigo. Henry, esta es mi tía, la condesa viuda de Briarcastle. Tía Leonora, este es...

—Henry Gladstone —interrumpió Henry y, aunque hizo una reverencia a la tía Leonora, mantuvo una mirada de disculpa en Adeline—. El conde de Briarcastle. El sobrino de su marido.

El viaje a la Abadía de Briarcastle no fue tranquilo. La declaración de Henry resonó en ese salón silencioso, y puso el mundo de Adeline, patas arriba. Ella se sintió conmovida, luego enojada y traicionada. Y ahora, estaba aturdida.

No había dicho ni una sola palabra, mientras la tía Leonora jadeaba, exclamaba y exigía respuestas a un centenar de preguntas. Por supuesto, Adeline terminó escuchando a Henry, mientras contaba la historia de cómo el marido de Julia lo había buscado, hablaba de su infancia, y cómo su padre nunca le había contado que se había distanciado de la familia.

Durante ese tiempo, ella le exigió explicaciones de por qué le había mentado. Él le explicó que, cuando llegó por primera vez, no estaba seguro si aceptaría el título de conde, y que no había anunciado quién era, porque ni siquiera estaba seguro que fuera a ser el próximo

conde de Briarcastle.

Y en cierto modo, esto tenía sentido, pero, ¿cómo pudo él seguir ocultándoselo, cuando ya sabía quién era? Adeline se sentía tan tonta. En esos días, él supo exactamente quién era ella, mientras fingía ser “solo Henry”.

—Y aún así te has proclamado conde —confirmó la tía Leonora, al escuchar con asombro la complicada historia—. ¿Eso significa que has decidido quedarte? ¿Vivir como conde de Briarcastle?

Adeline odiaba que su corazón se hubiera agitado, mientras esperaba esas respuestas. Después de todo, él no tendría ninguna influencia en su vida. Excepto que si permitía que la tía Leonora se quedara viviendo en Briarcastle, ella lo vería cada vez, que visitara a su tía.

—Lo he hecho —dijo él, solemnemente, y Adeline pudo sentir esos ojos sobre ella todo el tiempo.

—¿Así de fácil? —insistió la tía Leonora.

—No exactamente —respondió Henry—. Podemos decir que esto es un medio para lograr un fin.

—Entonces, ¿qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó la tía Leonora, siempre dispuesta a cruzar los límites.

Adeline no esperó a escuchar la respuesta. En cambio, simplemente, dio media vuelta y salió del salón, apresuradamente. Cuando terminó de empacar, el carruaje de la tía Leonora ya estaba listo para partir, y se despidió rápidamente de la señora Davidson, Franny, John, el mozo de cuadra, y de Trevor, que había insistido en quedarse para hacer los arreglos con los caballos. Semejante tarea era innecesaria, por supuesto, pero cuando vio la alegría en el rostro de la señora Davidson, no pudo negarle a su conductor la oportunidad de ser feliz. ¡Nunca lo haría!

Al menos George vendría a Briarcastle con ellos.

—Tu joven es muy apuesto —interrumpió la tía Leonora, acabando con el silencio—. Será un conde muy apuesto. Y, por lo que me ha dicho, está encantado de permitirme vivir en la casa de la viuda. Es muy amable de su parte, ¿no te parece?

—No es mi prometido —replicó Adeline con voz apagada—. Y, al parecer, tenía intención de dejarme abandonada, así que: ¿qué tan amable puede ser?

—Bueno, debemos admitir que la carta fue una gran sorpresa, querida. No todos los días alguien se entera que es un conde... Tampoco se espera que viaje, al otro lado del mundo, por obligación hacia una familia que le dio la espalda.

Adeline frunció el ceño, detestando la punzada de compasión, que sentía por Henry.

—Cuando lo dices así, suena horrible.

—¡Porque es horrible! No lo habría culpado en absoluto, si nos hubiera hecho seguir buscando hasta encontrar a un primo tercero, dos veces más lejano... Y pensar que está dispuesto a encargarse de todo, antes de ver el lugar. Sí, de hecho. ¡Es un joven muy agradable!

—Es un mentiroso, tía Leonora. No puedes confiar en él. ¿Por qué mantuvo oculta su identidad?

—Porque no quería ser conde —respondió la tía Leonora, en tono tranquilizador, pero esta voz irritó los nervios de Adeline.

—Entonces, ¿por qué de repente decide que sí quiere ser conde?

—En realidad, no estoy segura por qué lo decidió —replicó crípticamente la tía Leonora. Adeline estaba harta que hoy todo el mundo hablara con acertijos.

—¿Ah, sí? ¿Entonces qué es lo que lo retiene aquí?

—Bueno, eso te lo tiene que decir él, ahora, ¿no?

A Adeline le resultó tan molesta la misteriosa respuesta y la sonrisa cómplice, que decidió ignorar a su tía, durante todo el resto del viaje.

Capítulo trece

Indudablemente, la Abadía de Briarcastle era la mansión más bonita que Henry jamás había visto. Los terrenos eran increíblemente hermosos con praderas onduladas y jardines formales, los cuales conducen al enorme edificio de piedra arenisca con torretas incluidas. Todo ello con el espectacular telón de fondo del océano, que permanece por detrás.

Sí, ¡esto fue impresionante! Era su hogar ancestral, que data de siglos atrás, lo que le otorgaba una historia familiar, que rivalizaba con la de la propia realeza.

Y a él no le sorprendió, ni lo más mínimo, nada de esto.

Cuando Adeline se había marchado silenciosamente del salón de la posada, su primer y único instinto había sido ir tras ella, pedirle perdón, decirle cuánto lo sentía y cuánto la amaba. Ya que realmente la amaba, nunca habría tomado algo tan precioso, como su virginidad, si no la amaba y no hubiera tenido la intención de convertirla en su esposa.

Esa era la única razón por la que había decidido enfrentarse a esa locura. ¡No le importaba ser conde! No quería ser un noble. Pero, ¡le importaba Adeline! Y quería ser su marido. Y si tomar este título era la manera de hacerlo, entonces, lo asumiría con una sonrisa en su rostro. No obstante, primero necesitaba lograr que ella hablara con él.

Su tía Leonora era tan formidable como Addy la había descrito, y se había negado rotundamente a dejar que él pasara y llegara hasta Adeline. A menos que pudiera mover físicamente a la mujer, algo que él no creía que Adeline aprobaría, se había quedado atrapado fuera de la habitación de ella.

Henry había decidido permanecer en silencio y negarse a hablar con nadie, que no fuera Adeline. Pero, entonces, la tía, quien era la viva imagen de la bondad y la simpatía, le sonrió, y de repente, se encontró soltando toda la triste historia. Cómo había querido explorar Briarcastle, sin la carga del título, cómo había rescatado a Addy de una muerte segura, cómo ella lo había hechizado desde el primer parpadeo de sus ojos, y cómo había disfrutado de ser “solo Henry” sin ninguna complicación.

Por supuesto, él omitió la parte, en la que la había arruinado, pero, admitió haberse enamorado de ella porque: ¡carajo! ¿Qué tenía que perder, aparte de su razón de vivir? Para su alivio, la tía Leonora lo había escuchado todo, en silencio y sin interrupciones.

Cuando por fin, él se quedó ronco de tanto hablar, ella lo miró por encima de las gafas.

—¿Y ahora quieres ser conde? —le preguntó ella con escepticismo.

—No —respondió él—. Quiero ser de Adeline.

Él había pensado que tal vez ella podría sermonearlo sobre la carga del título, la responsabilidad y el gran honor que era ser un Briarcastle, aunque en vez de eso, ella simplemente sonrió, luciendo complacida con su respuesta.

—Será agradable tener a Adeline cerca —dijo ella—. Haré que trasladen mis cosas a la casa de la viuda, antes de la Duodécima Noche.

Y eso fue todo. Henry solo deseaba tener su confianza.

El caballo se encabritó debajo de Henry, como si percibiera su inquietud, y él se inclinó para darle una palmadita tranquilizadora. El pobre animal aún no había recibido un nombre,

pensó distraídamente. Y entonces se le ocurrió algo... El nombre perfecto... El plan perfecto... Sin embargo, para llevarlo a cabo necesitaría ayuda.

Su intención era marchar directamente a la Abadía de Briarcastle y exigirle a Adeline que lo escuchara. Tal vez incluso hacer valer su influencia, como conde, si eso lo llevaba a alguna parte. Aunque conociendo a Adeline, eso probablemente tendría el efecto contrario. Pero no la conquistaría por la fuerza bruta.

Él la había lastimado, lo sabía. Le había quitado cosas, le había permitido compartir todo con él, mientras mantenía en secreto esa enorme parte de sí mismo. Y lo mataba haberle causado ese dolor. Ese estremecimiento de sorpresa, el dolor y la traición en esos ojos sumisos, lo perseguirían por siempre, y se juró a sí mismo y a cualquier dios que lo escuchara, que nunca volvería a lastimarla intencionalmente.

Todo lo que podía hacer ahora era ser lo más honesto posible, dejar su corazón en esos pies, y rezar para poder de alguna manera recuperar su confianza.

Y él sabía exactamente cómo hacerlo.

Capítulo catorce

Adeline creía saber lo que era el dolor. Cuando tenía doce años, trajo a casa un gato callejero, y suplicó que la dejaran quedarse con este. Había amado a ese gato con todas sus fuerzas. Rogó, pidió y prometió hacer todo lo posible por él para que ni siquiera la cocinera tuviera que molestarle con este animal.

Al final, su padre cedió y le permitió quedárselo. Ella lo alimentó, lo limpió y lo mimó, durante varios años. Y en una ocasión... Tres días después de una fecha memorable, casi le arrancó un ojo y se escapó para no volver nunca más. Ella había pensado que esto fue desgarrador, pero esto no era nada comparado con lo que sentía al extrañar a Henry.

El hecho que Henry no hubiera aparecido en la Abadía era extraño. La tía Leonora no lo había mencionado, desde el día en que regresaron, y se comportaba como si el nuevo conde nunca hubiera aparecido, o él le hubiera roto el corazón a Adeline para desaparecer de manera definitiva. ¡Esto era muy extraño!

Su padre, madre y el resto de la familia no llegarían hasta después de Navidad, ya que la tormenta había retrasado sus planes de viaje. Pero, por supuesto, la habitual plétora de invitados, ya estaba repartida por la mansión para las festividades. Por capricho, Adeline había extendido la invitación a la señora Davidson y se había emocionado genuinamente, cuando la dama había aparecido, recién comprometida con Trevor, quien había sonreído de orgullo, cuando hicieron el anuncio. Él se quedaría y la ayudaría a administrar la posada y, aunque Adeline estaría triste por perderlo, estaba más que feliz que hubiera encontrado el amor.

Si envidiaba la vida que ellos llevarían, trabajando, codo con codo, y apoyándose mutuamente, en los buenos y malos momentos, no lo demostró. Se limitó a felicitarlos, y luego se marchó corriendo para no echarse a llorar.

El baile comenzaría pronto y ella sabía que tendría que prepararse, pero no estaba muy entusiasmada. Y por primera vez en su vida, quería salir corriendo. De hecho, estaba pensando en hacer precisamente esto, cuando, de repente, Trevor apareció a su lado.

—Milady —susurró, apartándola de donde un ejército de sirvientes llenaba jarrones, preparándose para la llegada de los invitados.

—Trevor, ¿qué sucede? —preguntó ella, alarmada por la expresión seria del hombre.

—Lamento preguntarle, milady —dijo su viejo conductor—. Pero hay una pequeña emergencia en la posada. Me gustaría que la señora Davidson se encargara de esto, ella misma, pero está muy emocionada por el baile y, bueno, yo quería que ella pudiera celebrar y...

—Usted no diga más —interrumpió Adeline de inmediato—. Iré de inmediato, y haré todo lo que pueda, pero... ¿No nos extrañará?

—Ah... eh... no, no. Me aseguraré de explicarle, cuando todo esté resuelto. Pero... vamos, será mejor que vayamos.

Adeline solo tuvo tiempo de ofrecer una breve explicación, a la tía Leonora, quien parecía maravillosamente imperturbable, ante el hecho que su sobrina se marchara, solo horas antes del baile, y despidió a Adeline con un saludo de buena suerte y una feliz Navidad.

Ella se dio cuenta que su tía no había preguntado cuál era la emergencia ni si podría hacer algo al respecto, cuando ya estaba en camino, dentro del carruaje. Pero ya era demasiado tarde para preocuparse por esto, y simplemente tendría que hacer lo mejor que pudiera, cuando llegaran.

El viaje duró casi dos horas y cuando llegaron al patio familiar, Adeline estaba hecha un desastre emocional. Extrañaba tanto a Henry, que era un dolor constante en su corazón. Incluso había susurrado entre lágrimas por la noche, que lo perdonaría todo, que haría todo lo posible por comprenderlo, si él regresaba de dondequiera que había desaparecido. No obstante, todos los días se despertaba y él no había venido.

No sabía qué hacer con ella misma, en estos días. Se sentía como si su vida se hubiera dividido en dos. Antes de Henry y después de Henry. Y el “después” era una inmensa tortura.

Aguardó a que Trevor bajara del asiento del conductor, contenta que al menos esta vez su viaje a la posada fue tranquilo. Sintiendo que las lágrimas empezaban a formarse, Adeline bajó la cabeza, cuando se abrió la puerta del carruaje, parpadeando rápidamente para recuperar el control.

Una vez que estuvo segura que podía mantener la compostura, miró hacia arriba... Directamente a un par de ojos grises tormentosos.

Henry observó cómo la conmoción, el deleite y luego la tristeza llenaron los ojos de Adeline, y su pecho se retorció en respuesta.

“*Nunca más,*” se dijo a sí mismo con convicción. “*Nunca más volveré a hacerle daño.*”

—Henry.

Su nombre, en esos preciosos labios, era una bendición, y él sintió que algo afilado y cortante, dentro de su cuerpo, se suavizaba con solo estar cerca de ella, nuevamente.

—Hola, soy Adeline —dijo ella con una suave sonrisa, extendiendo su mano y casi llorando de alivio, cuando él la tomó—. ¿Qué está pasando? —preguntó. En realidad, ella exigía mucho, y sonaba igual, que cuando perdía un partido y quería una revancha.

—Entra y te lo diré —respondió. Se dio cuenta que ella estaba a punto de negarse—. Por favor —añadió, un poco frenético.

Adeline lo observó atentamente y asintió con la cabeza, aunque vacilante. Por su parte, Henry no se dejó asustar por esos gestos, sino que se recordó que ella tenía derecho a estar enojada.

Entraron en la posada y él observó la reacción de Adeline. Primero, ella se detuvo de golpe, luego abrió los ojos de par en par, y dejó escapar un gran suspiro, al observar el entorno. Habían cubierto todas las superficies con velas y ramas navideñas. El muérdago colgaba de cada viga del techo, mientras que ramas de acebo y árboles de hoja perenne adornaban todas las mesas.

Adeline lo observó con un rostro de puro asombro, y a Henry casi se le doblaron las rodillas por el impacto de esa mirada. ¡Cielos! Ella podría despellejarlo vivo con esos ojos fijos, clavados en él, y no tenía ni idea de cómo protegerse.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—E-es hermoso —respondió ella, fascinada—. Pero, ¿para qué es? ¿Para quién es?

—Es para ti, amor —lo dijo con ternura—. Todo esto es para ti.

—Pero, ¿por qué?

Henry sintió que el corazón se le salía del pecho, aunque la llevó hacia la puerta del salón, donde se habían besado por primera vez. La hizo entrar y la observó, mientras ella miraba aún más velas, más muérdago y acebo, y más ramas de árboles perennes, antes de dar vuelta para responderle.

—Porque te amo, Adeline. Porque creo que te amé desde el primer momento en que

abriste los ojos y me miraste en la nieve. Porque aunque te lastimé, ¡te amo tanto que simplemente no puedo vivir sin ti! Y si no me perdonas, lo entenderé, pero aún así, pasaré el resto de mi vida, tratando de compensarte.

Él vio como las lágrimas brotaban de esos ojos, cayendo por su rostro. Extendió la mano para secárselas con sus pulgares.

—Lamento no haberte contado lo del título —dijo con brusquedad—. Al principio fue porque no lo quería, ni siquiera estaba seguro de reconocerlo. Y luego, cuando me di cuenta, que me estaba enamorando de ti, no te lo dije porque era un idiota sin carácter, que solo quería fingir que el mundo fuera de esta posada no existía. Porque lo que teníamos se convirtió en lo más importante de mi vida. Tú te convertiste en lo más importante de mi vida, y tenía tanto miedo de perderte, que simplemente seguí alejando esto.

Ella abrió la boca para hablar, pero él insistió, necesitaba sacarlo todo a la luz para que, si ella lo rechazaba, lo hiciera, sabiendo que ese corazón era suyo de todos modos.

—Nunca quise saber nada de esto, Addy. No quería tener nada que ver con la familia que le había dado la espalda a mi padre.

—Pero le dijiste a mi tía quién eres —murmuró ella.

—Sí, lo hice. Porque me di cuenta que la forma más segura de conseguir que te cases conmigo es tomar el título, y vivir aquí en Inglaterra, donde tú puedes estar con tu familia. Donde puedes vivir en la mansión, que tanto adoras.

—¿Te quedas aquí solo para casarte conmigo? —preguntó incrédula, como si esa no fuera la razón más importante para hacer algo.

—Me quedo aquí porque es donde tú estás. Si mañana me dijeras que quieres vivir en la luna, yo también encontraría la manera de llegar allí. Si convertirme en el conde de Briarcastle significa que puedo ver tu rostro, todos los días, que puedo verte hacer berrinches tontos, cuando pierdes en el lanzamiento de una moneda, que puedo tenerte, en mis brazos, despertarte todas las mañanas y dormirme a tu lado, todas las noches, entonces lo haría mil veces más.

Ella negó con la cabeza, él no sabía si era por incredulidad o por negación.

—Quería ser “solo Henry” para ti, amor. Y eso es lo que soy. “Solo Henry”. Simplemente un hombre tan locamente enamorado de ti, que no puedo funcionar sin ti. Estos días separados de ti han sido una tortura. Y si puedes encontrar una manera de perdonarme por mi engaño... Prometo no volver a mentirte nunca más... Prometo dejarte ganar todas las partidas de backgammon y todas las tiradas de moneda, que juguemos... Le compraré esta casa a la señora Davidson, si quieres quedarte aquí para siempre. Simplemente, simplemente, di que serás mía. Por favor, ¡di que te casarás conmigo! ¡Dilo!

Ella lo miró fijamente durante eones.

—Nunca más me mentirás —dijo ella, finalmente, con una voz severa, pero extrañamente amorosa.

—Nunca —prometió.

—Y debes dejar de hacer trampas en el backgammon.

Él abrió la boca para negar sus afirmaciones, pero, ¡diablos! No le importaba qué lo acusara, si se quedaba con él.

—No te engaño —murmuró, pero asintió con la cabeza de todos modos.

—Y creo que deberías revelarme un secreto, aunque obtuve mi favor. Ya que me mentiste.

Él empezó a pensar que lo estaba haciendo un poco mal, y la miró con el ceño fruncido con fingida severidad, antes de suspirar.

—Bien —dijo—. Aunque siento que debería decírtelo, ya sabes todo sobre mí. Todo menos una cosa. Decidí darle un nombre al caballo.

Ella parpadeó, ante el cambio de tema.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Lanzamiento de moneda —declaró con orgullo.

Adeline lo miró fijamente, antes de estallar en carcajadas.

—¿Lanzamiento de moneda? ¡No puedes llamar a la pobre criatura “Lanzamiento de moneda”!

—Ya es demasiado tarde, ya está hecho. Y estaré orgulloso de decirle a la gente su nombre, porque las inevitables preguntas me darán la oportunidad de presumir de ti.

Ella puso los ojos en blanco, pero él vio la sonrisa que se dibujaba en su boca.

—Ahora he aceptado tus exigencias y aceptaré cien más. Por favor, dímelo. ¿Quieres casarte conmigo?

—Creo que tendré que hacerlo —respondió ella—. Como te amo tanto, no estoy segura que sea posible vivir sin ti.

Henry no pudo hablar más allá del alivio, por lo que simplemente la tomó en sus brazos, y le mostró con acciones lo feliz que estaba de escuchar esto.

Horas más tarde, dormitaban en el diván del salón, envueltos en las mismas mantas, que habían cubierto a Adeline, en aquella primera y fatídica noche.

Henry no había dejado de tocarla, aunque a ella no le importaba. Y de vez en cuando pensaba en el pobre caballo con el nombre ridículo, y se reía de esto, ganándose una falsa reprimenda de su prometida.

Afuera, la nieve había empezado a caer con fuerza, una vez más.

—Espero que no nos quedemos atrapados por la nieve, otra vez —dijo ella, somnolienta.

—Espero que sí —replicó Henry—. ¿Una linda y acogedora Navidad para dos? Entonces, ¿qué podría ser mejor?

Nada.... Adeline lo pensaba, mientras Henry inclinaba la cabeza para besarla una vez más. ¡Nada podría ser mejor que esto!

El fin.

Gracias por leer *Navidad para dos*. Espero que hayas disfrutado la historia de Adeline y Henry.

Para obtener más información sobre mis nuevos lanzamientos, sígueme en las redes sociales.